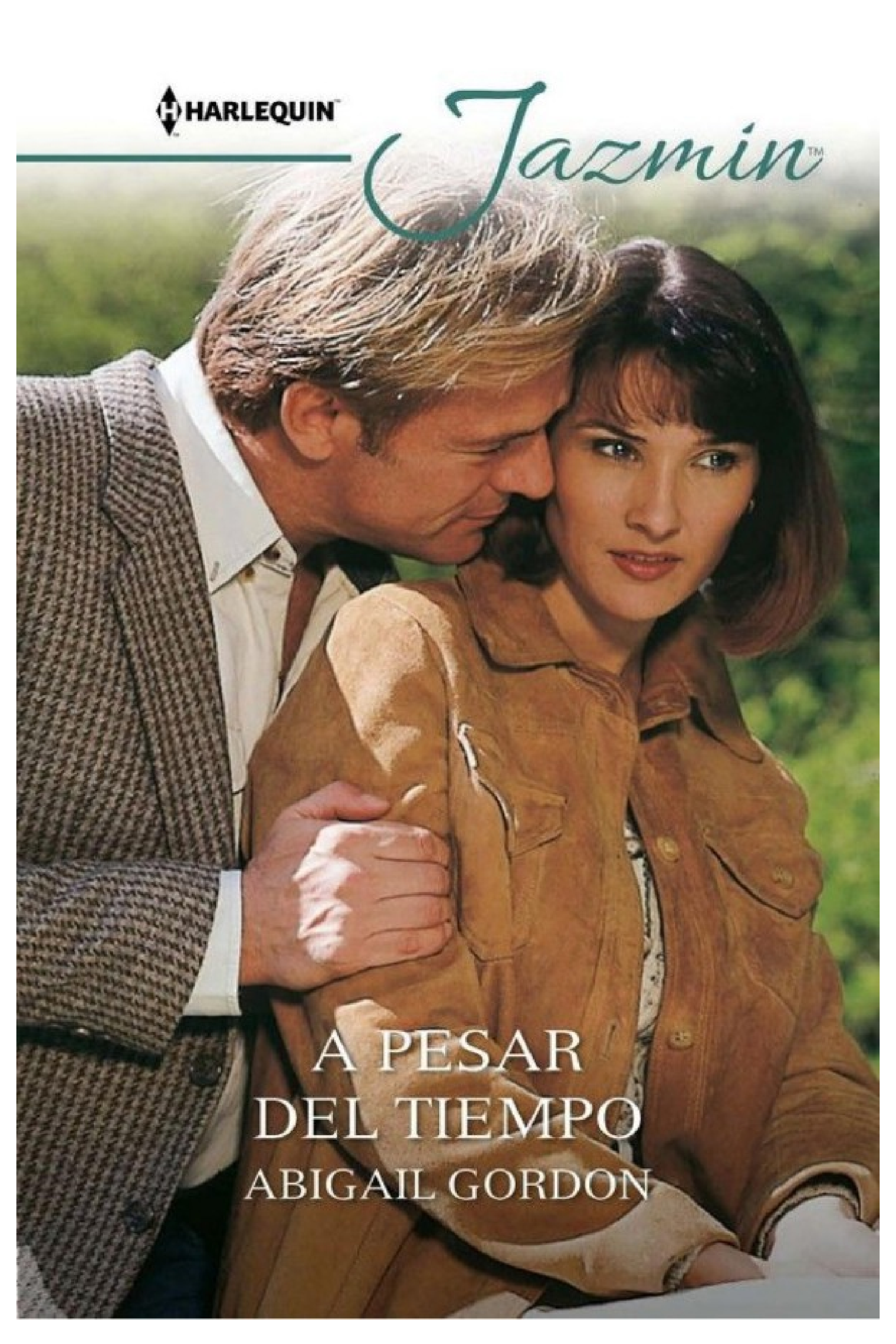

HARLEQUIN
Jazmín
A PESAR DEL TIEMPO
ABIGAIL GORDON

Jazmín

ABIGAIL GORDON

A pesar del tiempo



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

A pesar del tiempo, n.º 1665 - agosto 2019
Título original: Emergency Reunion
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-439-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

QUIEREN apartarse, por favor? Los médicos necesitan un poco de espacio.

Hannah sonrió al policía que intentaba facilitar su trabajo. El equipo de la unidad de urgencias había acudido en helicóptero al lugar de un accidente: una abarrotada calle de Londres. La víctima, una anciana que intentó cruzar la calle sin esperar al semáforo y terminó bajo las ruedas de un autobús.

Rodeada de curiosos, Hannah se sentía extraña. Ella estaba acostumbrada a hacer su trabajo en el recinto de un hospital y las miradas de la gente seguían incomodándola.

Aquella mañana le había tocado trabajar con Pete Stubbs, un colega con el que se entendía muy bien. Y cuando terminase el entrenamiento de seis meses en aquella unidad de urgencias, buscaría plaza en un hospital.

–Vais a perderos la llegada del nuevo jefe –les había dicho otro de los médicos, unos segundos antes de que subieran al helipuerto.

–Una pena. Pero tenemos un accidente de tráfico.

Jack Krasner, el piloto, había aterrizado en un parque próximo al lugar del siniestro y cuando llegaron al lado de la víctima los bomberos estaban haciendo palanca para levantar el autobús.

–Voy a intentar sacarla –dijo Pete, dirigiéndose al jefe de bomberos–. Pero si hay lesión en la médula espinal, habrá que ponerle sujeción.

Hannah observaba ansiosamente. No era la primera vez que atendía una emergencia en la calle y era frustrante que, durante el primer mes, solo la dejasen echar una mano.

Un mes más tarde podría atender a los heridos y tomar decisiones. Pero aquel día lo haría Pete Stubbs.

–Ten cuidado.

–Lo tendré. Pero si está viva cuando la saquemos, habrá que ponerle una inyección de biodramina. Lo último que necesita es vómito en las vías respiratorias –murmuró su colega, tumbándose en el asfalto.

Hannah se mordió los labios. ¿Era seguro meterse debajo de aquel enorme vehículo? Ser médico en aquella unidad desde luego

era muy peligroso.

De repente el autobús, que estaba sujeto por una palanca, se descolgó y Pete lanzó un grito de dolor.

–¡Está herido! ¡Hay que sacarlo de ahí!

El autobús fue izado de nuevo y dos bomberos sacaron a Pete arrastrándolo de las piernas.

Estaba semiinconsciente y tenía una herida en la cabeza.

–¿Puede atenderlo usted? –preguntó el jefe de bomberos.

Hannah examinó la herida.

–No es nada grave. Atiende al doctor Stubbs –le dijo a su enfermero–. Yo voy a comprobar si la señora está viva.

Antes de que nadie pudiera discutir se tiró al suelo, siguiendo el ejemplo de Pete. Con mejores resultados, esperaba.

Cuando llegó cerca de la anciana, comprobó que estaba viva. Aterrada, pero viva

–Mis piernas –murmuraba la mujer–. Creo que están rotas.

–¿Le duele la espalda? ¿Puede moverse?

–No puedo. Estoy atrapada por algo.

Hannah tomó el maletín de urgencias que Pete había arrastrado con él.

–Voy a intentar ponerle un collarín. No se preocupe. Todo va a salir bien.

Había tantos gritos a su alrededor que Hannah no estaba segura de si la anciana podía oírla, pero le pareció que asentía con la cabeza.

Era muy pequeña, casi como una niña. Una persona más grande habría muerto cuando las ruedas del autobús le pasaron por encima.

De repente, notó que no estaban solas. Otra persona se había arrastrado a su lado. Y no era Pete, desde luego.

Hannah vio la manga de una camisa blanca y un carísimo reloj de oro.

–Póngale un calmante, yo intentaré colocarle el collarín –escuchó una voz masculina llena de autoridad.

En su experiencia, solo un médico podía hablar así, de modo que Hannah no se molestó en preguntar.

Se alegraba de tener ayuda, aunque no podía ver la cara del extraño.

Cuando sacaron a la mujer, los bomberos y el enfermero se ocuparon de ella y Hannah se quedó en el suelo durante unos segundos, intentando recuperar el aliento.

–Hannah Morgan –escuchó de nuevo la voz de su ángel de la guarda–. Cuando vi el nombre en los papeles, me pregunté si serías

tú.

Hannah levantó la cabeza y vio unos pantalones grises manchados de grasa, una camisa blanca en el mismo estado, una corbata torcida y… un rostro que no había visto en muchos años.

–¡Kyle! –exclamó–. ¿De dónde has salido? ¿Y a qué papeles…? No, no puede ser. ¡No puedes ser el nuevo jefe de la unidad!

–Me temo que sí –contestó él, como si encontrarse bajo un autobús fuera lo más normal del mundo–. Y en caso de que lo hayas olvidado, tenemos dos pacientes que atender. Si no te importa…

Ella se levantó de un salto. No había cambiado en absoluto. Nada de: «¿cómo estás, Hannah?». «¿Te has hecho daño debajo de ese autobús?».

Afortunadamente, Pete había recuperado la conciencia. Su nuevo jefe estaba examinando a la anciana y Hannah tuvo unos segundos para animar a su compañero.

–Qué mala suerte, amigo. Aunque, en realidad estás de enhorabuena, el autobús podría haberte aplastado.

Pete sonrió.

–Soy tan flaco que no me hubiera hecho nada. Y gracias por sacar a esa pobre señora…

En ese momento, oyeron la sirena de una ambulancia. Cuando se llevaron a Pete, Hannah se volvió hacia Kyle, que estaba llamando al hospital más próximo para pedirles que tuvieran la UCI preparada.

Como ella, estaba asombrado de que la anciana hubiera salido viva del accidente. Tenía las piernas fracturadas y múltiples contusiones, pero podría haber sido infinitamente peor.

Cuando la metieron en el helicóptero y Jack Krasner estaba dispuesto a despegar, Kyle dijo muy serio:

–Según mis notas sigues en período de entrenamiento, pero como has tenido que atenderla creo que deberías ir con ella. Si no, puedo ir yo.

–No hace falta. Yo hablaré con el médico de guardia para explicarle la situación.

No pensaba dejar que viera cómo la afectaba aquel inesperado encuentro.

Había pensado que era un extraño Pero no era un extraño en absoluto. Era el hombre al que, ocho años atrás, había amado. El hombre que le dio la espalda porque no confiaba en ella.

Estaba perpleja al verlo de nuevo, después de tantos años sin saber nada el uno del otro. Y la noticia de que iba a ser su jefe mientras estuviera en el período de entrenamiento era increíble.

Pero debía creerlo porque lo tenía delante.

El helicóptero había estado dando vueltas sobre los tejados de Londres como un ave bien nutrida y oronda cuando Hannah salió de la unidad la noche anterior al accidente.

Un mes antes habría observado el helicóptero sin apenas fijarse, pero desde que se había convertido en uno de ellos… la unidad de urgencia máxima estaba siempre alerta, sabiendo que podían llamarlos en cualquier momento.

Eran médicos dispuestos a enfrentarse con cualquier cosa. Y sus uniformes fluorescentes eran, en muchos casos, justo lo que el paciente necesitaba para no dejarse vencer por el miedo.

Hannah había hecho prácticas de medicina general y después estuvo en la consulta de urgencias de un pequeño hospital en Manchester.

Pero decidió hacer el curso de entrenamiento en el servicio de urgencia máxima porque no se podía llegar más rápido a la escena de un accidente que con un helicóptero.

El período de entrenamiento duraba seis meses y después los médicos buscaban plaza en los servicios de urgencia de cualquier hospital. Y la conseguían siempre porque eran los mejor entrenados.

Salía del hospital mientras pensaba en ello. Había quedado con Richard para ir al teatro. Su amigo Richard, que siempre parecía molesto por algo. Y que solía hacer comentarios despectivos sobre el uniforme de color amarillo fluorescente que llevaban en la unidad.

–No esperarás que bajemos del helicóptero con una inmaculada bata blanca, ¿no? –le espetó ella un día, fastidiada por su actitud–. La policía y los pacientes tienen que vernos desde lejos. Además, son necesarios para que no nos atropellen cuando se trata de un accidente en carretera.

Hannah era bajita y esbelta, con media melena rubia y unos enormes y limpios ojos azules; los ojos de una persona cuya vida no es nada complicada. Una persona de veintinueve años, soltera. Y, por el momento, no parecía que eso fuera a cambiar.

Y menos con Richard.

Se conocían desde que trabajó en el hospital de Manchester porque solían tomar el mismo tren cada mañana. Richard Jarvis trabajaba en una empresa de inversiones y solía ser un chico agradable. Hasta que ascendió en el escalafón de su empresa y se convirtió en jefazo. Eso lo había hecho muy antipático.

Lo que él no sabía era que aquel sería su último encuentro.

Hannah había decidido que era mejor estar sola que mal acompañada. Estaba harta de críticas y comentarios mordaces.

No sabía por qué Richard se portaba de esa forma y le daba igual porque no estaba buscando una relación.

Quizá era eso lo que lo molestaba. Y no sería el primero.

Hannah resultaba atractiva para el sexo opuesto y le gustaba mucho salir con amigos al cine o al teatro, pero eso era todo. Solo estuvo enamorada una vez y decir que había sido un desastre sería quedarse corto. Tan horrible fue que, desde entonces, no estaba dispuesta a probar de nuevo.

–¿Cuándo volvemos a vernos? –le preguntó Richard cuando salieron del teatro.

–No vamos a vernos más –contestó ella tranquilamente–. Estoy harta de tus críticas.

Él la miró, atónito.

–Puede que algún día te arrepientas. Nunca se sabe lo que le espera a uno en la vida y yo soy un excelente partido.

Hannah paró un taxi y, sin molestarse en replicar, lo dejó plantado en la acera.

–Me alegro de que estés con nosotros, Hannah –le había dicho un hombre de mediana edad cuando se presentó en el hospital para el curso de entrenamiento–. Tenemos a uno de los nuestros de permiso, de modo que tu presencia es más que bienvenida. Y estamos esperando un nuevo jefe. El antiguo jefe de urgencias se ha jubilado, pero dentro de dos semanas tendremos uno nuevo.

Quien hablaba era Graham Smith, anestesista, a quien todo el mundo llamaba Smitty. El hombre señaló a otro, muy alto y delgado, que estaba leyendo el periódico.

–Es Pete Stubbs, otro colega.

–No sé si voy a poder ayudaros en algo –sonrió Hannah–. Ni siquiera he subido nunca a un helicóptero.

–Durante el primer mes solo estarás observando –le dijo Pete–. Y no te preocupes por lo del helicóptero. Te acostumbrarás enseguida. Lo difícil es acostumbrarse a lo que se encuentra uno en el lugar del accidente.

–¿Has conocido al operador? –le preguntó Smitty.

–Todavía no.

–Luego te lo presentaré. Las llamadas de este servicio son comprobadas por un enfermero diplomado y si le parece que el

paciente está muy grave, nos las traspasa inmediatamente. Solo tenemos un helicóptero, de modo que hay que elegir bien dónde puede ir una ambulancia y dónde tardaría demasiado en llegar. Además, se encarga de informar sobre el hospital más próximo al lugar del accidente.

–Ya veo.

Smitty la llevó hasta el helipuerto, situado en el tejado del hospital.

–En circunstancias normales, el jefe te enseñaría el departamento, pero como ya te he dicho… estamos en circunstancias extraordinarias. El viejo se ha jubilado y del nuevo aún no sabemos nada. Parece que ha sido jefe de urgencias en el extranjero y la gente habla maravillas de él.

Hannah sonrió. Afortunadamente, ella no sería la única nueva en el servicio de urgencias del hospital. Compartiría ese honor con el jefe.

La primera vez que salió con el helicóptero fue para atender a un chico de quince años que había sufrido un infarto de miocardio mientras jugaba al rugby. Lo atendieron en el campo y después lo llevaron a toda prisa al hospital más próximo.

La rápida aparición del servicio médico y el proceso de resucitación le habían salvado la vida.

En realidad, aquel trabajo era muy gratificante. No existía la frustración de un hospital, en el que hay todo tipo de retrasos a causa de los diversos servicios médicos, servicios de enfermería y papeleos varios. Allí todo se hacía deprisa y pensando solo en salvar la vida del paciente.

Estaba en un departamento que cubría emergencias extremas y había dos formas de definir el trabajo: satisfactorio y extenuante.

Al día siguiente serían un equipo completo, pensó, mientras pagaba el taxi después de dejar a Richard. El médico que estaba de permiso volvía al hospital y el nuevo jefe del departamento se uniría a ellos.

Durante aquellas dos semanas había oído comentarios sobre él y su trabajo en el extranjero.

¿Cómo sería?, se preguntó a la mañana siguiente mientras tomaba el metro. ¿Querría cambiarlo todo o dejaría las cosas como estaban?

No había respuesta para aquella pregunta y cuando llegó a la unidad todo el mundo estaba tomando café, pero el jefe brillaba por su ausencia. Eran las ocho menos cuarto y a las ocho todos estarían al pie del cañón.

Aquella mañana en particular recibieron una llamada a las ocho menos cinco y a las ocho en punto Pete Stubbs y ella estaban sobrevolando los tejados de Londres para atender a una anciana atropellada por un autobús.

Lo último que esperaba era tener que atenderla ella misma, pero el accidente de Peter la obligó a hacerlo.

Y después, el encuentro con Kyle, pensó mientras dejaban a la paciente en la unidad de traumatología.

Kyle Templeton. Un poco mayor, con el mismo pelo oscuro, los hombros anchos, alto, fibroso y tremendamente atractivo.

Jack Krasner, el piloto, observó su palidez.

–Te has dado un buen susto, ¿eh? ¿O lo que te ha asustado es encontrarte con el jefe?

Hannah consiguió sonreír, aunque por dentro estaba como un flan.

–Las dos cosas.

El resto del equipo los estaba esperando en el tejado del hospital. Habían oído lo del accidente de Pete por el walkie.

–¿Cómo está? –preguntó Smitty–. El nuevo jefe acaba de llegar y nos ha dicho que han tenido que enviarlo al hospital.

–Los bomberos estaban haciendo palanca, pero el autobús se escurrió –explicó Hannah–. Ha recibido un golpe en la cabeza, pero no es nada grave. Está en el hospital de la Cruz Roja.

Por el rabillo del ojo, veía la puerta cerrada del despacho. Kyle había llegado a la unidad para ocupar su puesto.

¿Qué hacía en la escena del accidente?, se preguntó. Si tenía que enfrentarse con su pasado, habría sido mejor hacerlo allí y no cuando estaba en el suelo, cubierta de grasa.

Kyle debió escuchar su voz porque unos segundos después asomó la cabeza.

–Doctora Morgan, ¿puede venir un momento?

Hannah entró en el despacho, intentando disimular los nervios.

Kyle la miraba como un hambriento mira la comida y, de cerca, observó que tenía arruguitas alrededor de los ojos y algunas canas en las sienes.

–¿Ya no vives en América? –preguntó, intentando romper el hielo.

–¿Tú qué crees?

–No, claro. Ahora estás en Londres y…

–En realidad, nunca me fui a América. Recibí una oferta de Queensland.

–¡Australia! Por eso…

Hannah no terminó la frase. No iba a decirle que lo había buscado. Y menos después de tantos años.

–La verdad, jamás se me habría ocurrido pensar que iba a encontrarme contigo. Esperaba que te hubieras casado con tu cuñado, pero veo que tu apellido sigue siendo Morgan.

Aquello era una grosería imperdonable. Kyle nunca la creyó y no pensaba volver a intentar convencerlo de que había sido Paul quien la abrazó. Sería inútil.

Habían roto muchos años antes y, sin embargo, la sola presencia de aquel hombre hacía que le temblaran las piernas.

–Sigo siendo Hannah Morgan. Y Paul se ha casado, pero no conmigo –replicó, mirándolo a los ojos–. ¿Alguna cosa más?

Kyle la miró durante unos segundos sin decir nada.

–Veo en tu informe que te has especializado en el servicio de urgencias y que estos seis meses con la unidad serán el final de tu entrenamiento.

–Así es.

–Qué curioso que los dos trabajemos en la misma rama de la medicina.

–Y más curioso que nos hayamos encontrado en esta unidad. ¿Cuándo volviste a Inglaterra?

–Hace dos días. Vine hace un par de semanas para echar un vistazo y después volví a Australia para dejar las cosas arregladas.

¿A qué cosas se refería?, se preguntó ella. ¿Vender la casa? ¿Convencer a su esposa de que vivir en Inglaterra sería estupendo?

El Kyle Templeton que conoció nueve años atrás era ambicioso y apasionado. Seguro que había encontrado a alguien para acurrucarse por las noches… mucho más de lo que ella había conseguido.

Pero no pensaba preguntar. Kyle la había invitado a entrar en su despacho para hablar de trabajo. Y el pasado solo era eso, pasado.

–Por ahora solo puedo observar, pero dentro de un par de semanas haré mi trabajo como el resto del equipo –le dijo, como si hablar con el único hombre del que había estado enamorada fuera lo más normal del mundo.

–¿Te gusta formar parte del servicio de urgencias más rápido del país?

Ella sonrió. Aunque su corazón seguía latiendo con violencia,

empezaba a recuperar el control. Sería por la noche, en su solitario apartamento, cuando el impacto de volver a ver a Kyle la golpeara de lleno.

–Me encanta. Me gusta llegar al lugar del accidente prácticamente cuando acaba de ocurrir y me gusta el ambiente amistoso que hay en la unidad.

Y le gustaba que, aunque Kyle fuera el jefe, ella había llegado antes.

En cualquier caso, durante los próximos meses tendría que ver todos los días al hombre del que había estado enamorada y que, de repente, le dio la espalda.

–Ya veo –murmuró él–. Bueno, por el momento, es todo. Sigue observando a tus compañeros hasta que puedas hacerte cargo de los pacientes sin ayuda –añadió tomando el teléfono, para dar por terminada la conversación.

–¿Qué te ha parecido el nuevo jefe? –le preguntó Smitty cuando salió del despacho.

–Impresionante –contestó Hannah.

Era cierto. Ya tenía estilo nueve años atrás, pero el hombre con el que acababa de hablar hacía que el joven médico del que estuvo enamorada le pareciese un crío.

Tristemente, era difícil que la recibiera con los brazos abiertos después de lo que ocurrió entre ellos.

Nada había cambiado, se dijo a sí misma. La distancia era, desde luego, el olvido. Él debía estar casado y encontrarse con una novia que, según él, lo había traicionado no iba a hacer que se emocionase.

En ese momento recibieron una llamada informando sobre un accidente en el que un hombre había caído de un cuarto piso y las cavilaciones de Hannah tuvieron que quedar aparcadas mientras acompañaba a Smitty al helicóptero.

Aquel día, él tendría que hacerse cargo de las salidas tras el accidente de Pete.

Hannah había descubierto que cuando recibían una llamada, todo el mundo salía corriendo: médicos, enfermeros y pilotos, cada uno llevando en la mano lo que le correspondía, fueran maletines o mapas.

En aquel caso, el estado de la víctima era muy grave y después de comprobar las fracturas, Smitty preparó una inyección para evitarle el dolor. Pero antes insistió en que le diera su nombre y su dirección, para comprobar que su cerebro seguía funcionando.

Desgraciadamente, el hombre era incapaz de articular palabra.

–Hay que intubarlo, parece que no puede respirar.

–Yo te ayudaré.

Una vez hecho, eligieron el hospital Central, el más próximo al lugar del accidente.

Mientras la inerte figura yacía en el pavimento, Smitty llamó al hospital para informar sobre su inminente llegada.

–Fuerte hematoma en el parietal izquierdo –estaba diciendo su compañero–. Laceraciones en cráneo y cara y posible fractura en las costillas, codo derecho y pelvis. No es capaz de articular palabra.

Cuando volvieron a la unidad, la puerta del despacho de Kyle estaba abierta.

–Ya sé que este servicio no es barato –estaba diciéndole a alguien por teléfono–. Y sé que las autoridades sanitarias se gastan muchos millones al año. Acabo de volver de Australia y allí pasa lo mismo. Siempre están amenazando con recortar fondos.

Estaba de espaldas a la puerta, pero como si intuyera su presencia se dio la vuelta y le hizo un gesto para que entrase.

–Luego vengo…

Kyle, impaciente, señaló una silla.

–En todas partes pasa lo mismo. Pero sin tener que mirarlo, puedo decirte que necesitamos los mismos fondos que el año pasado, ni una libra menos.

Hannah miró hacia el pasillo y vio a Krasner, el piloto, que la había invitado a salir varias veces. Sin resultado.

Era un chico muy agradable en comparación con Richard, pero hasta que Kyle Templeton apareció en el hospital, ella había estado más interesada en el trabajo que en buscar novio.

Kyle colgó en ese momento y se quedó mirando al piloto inquisitivamente.

–Esta mañana dijo que quería revisar el helicóptero, doctor Templeton.

–Sí, es verdad. Estaré contigo dentro de cinco minutos.

–¿Me querías para algo? –preguntó Hannah cuando Jack desapareció.

–Pues… sí. Pero no pienses que voy a tomar por costumbre lo de mantener conversaciones privadas.

–No tendrías por qué –replicó ella, mortificada.

–Hay un par de cosas que quiero aclarar. Lo primero, que no veo por qué el pasado tiene que ser un problema para nuestra relación laboral. Los dos somos adultos y eso ocurrió hace mucho tiempo.

–Estoy de acuerdo.

¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que le contara a todo el mundo

que habían sido novios?

Curiosamente, Kyle parecía seguir enfadado con ella después de ocho años.

Y quizá lo estaba. Era un hombre apasionado, al que le costaba mucho perdonar.

–Y lo segundo es que necesito un apartamento. Ahora mismo estoy en un hotel, rodeado de maletas y un montón de objetos personales y así no hay forma de concentrarse.

Hannah abrió los ojos como platos.

–Supongo que te refieres a si sé de algún apartamento que esté libre.

–Eso es –contestó él tranquilamente.

Menuda cara. Primero le decía que prácticamente se había olvidado de ella y luego le pedía que lo ayudase a encontrar casa.

–¿Vives solo?

–No he traído nada conmigo, si eso es lo que quieres saber. Así se viaja más rápido.

–Supongo que es cierto.

–¿Y tú?

–¿Yo qué?

–Sigues llevando el apellido de soltera, pero eso no significa que vivas sola.

–A mí me parece que eso es asunto mío.

No pensaba decirle que no vivía con nadie. Y tampoco pensaba decirle que nunca había conocido a nadie como él.

–Sí, claro. No debería haber preguntado.

–Hay un ático libre en mi edificio. Es más caro que mi apartamento, pero seguramente tú puedes permitírtelo.

–Si es un sarcasmo, estás perdiendo el tiempo –replicó Kyle, tomando un papel–. ¿Cuál es la dirección?

Hannah se la dio, junto con el teléfono del administrador.

–¿Está muy lejos de aquí?

–A un par de estaciones de metro. Pero seguro que habrá muchos apartamentos libres en la ciudad… si tienes tiempo de buscar.

La idea de que Kyle viviera en el mismo edificio que ella hacía que su corazón se acelerase, pero no pensaba demostrárselo.

–Sin duda. Pero no tengo tiempo. Gracias por la información.

Hannah salió del despacho y Kyle se quedó en su sillón, pensativo.

Estaba siendo un grosero con Hannah. Pero haberse encontrado con ella y saber que tendrían que verse todos los días lo había

dejado atónito.

Cuando vio su nombre en los papeles que dejó su predecesor, había estado seguro de que no sería ella. Descubrir que lo era y que estaba aún más guapa que cuando se conocieron lo había dejado tan asustado que… ser antipático era la única salida.

Y después de portarse como un grosero, le pedía que lo ayudase a encontrar apartamento. Debía estar perdiendo la cabeza.

Y era comprensible. Aquel día quiso llegar al trabajo en plena forma para demostrar al equipo directivo del hospital que habían tomado la decisión adecuada al contratarlo.

¿Y qué pasaba? Que vio el helicóptero mientras conducía hacia el hospital y lo siguió para comprobar de primera mano cómo se comportaba su personal en una situación de emergencia.

Y se llevó una sorpresa mayúscula al ver a Hannah. El pasado le saltó a la cara, en la forma de una rubia y esbelta enfermera. Y todo lo demás se volvió secundario.

–Contrólate, Templeton –murmuró para sí mismo–. No te ha contestado cuando le preguntaste si vivía con alguien. Y aunque viviera sola, no hay nada más frío que el amor de segunda mano.

Un razonamiento muy profundo, pensó. Pero eso no le impidió llamar al administrador del edificio y quedar con él para ver el ático.

Después iba a subir con Jack al tejado del hospital para revisar el helicóptero, pero no tuvo tiempo de hacerlo porque acababan de recibir una llamada.

–Se ha caído una verja de hierro y hay una niña atrapada. Por lo visto, está muy grave –le explicó Smitty.

–¿Y a qué estáis esperando? –exclamó Kyle, sintiendo un sudor frío al pensar que pudiera haberle ocurrido a Ben.

Pero, como él sabía bien, el helicóptero no esperaba por nadie. Nunca lo hacía. Para eso estaba.

Y cuando las hélices del pájaro de acero cortaron el aire rosado del atardecer, uno de los días más raros de su vida estaba a punto de terminar.

Capítulo 2

EL SOL estaba poniéndose cuando Hannah salió del hospital.

Ir en metro estaba bien por las mañanas, pero por las noches prefería ir en taxi porque los andenes estaban llenos de gente muy rara.

Smitty y los otros habían ido al bar para tomar una cerveza, pero ella prefería volver a casa para descansar un poco. Ese día particularmente.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza desde el momento que vio a Kyle. Y aunque frente a él había actuado como si no fuera más que una sombra del pasado, empezaba a desmoronarse.

El día le había parecido interminable porque la unidad de emergencias solo dejaba de trabajar cuando se hacía de noche y en aquella época del año los días eran larguísimos. Y porque la presencia de Kyle la afectaba más de lo que hubiera podido imaginar.

Hannah levantó la mano al ver un taxi, pero en ese momento sintió tras ella una presencia masculina. Aparentemente, el reencuentro con Kyle Templeton no había terminado.

–Mi hotel no está lejos de tu apartamento y, si no te importa, podría ir contigo. Si vas a tu casa, claro.

–Claro que voy a casa. ¿Adónde voy a ir a estas horas, después de estar trabajando desde las ocho de la mañana?

–No tengo ni idea –contestó él, abriendo la puerta del taxi.

–¿Qué tal tu primer día de trabajo?

–Bien. Tengo experiencia en los servicios de urgencia y esta unidad es la que más me gusta. En cada sitio es diferente, pero me acostumbraré.

Hannah se relajó un poco. Si iban a hablar de trabajo, estupendo.

–¿Estás siempre en tu despacho o piensas salir con el helicóptero alguna vez?

–Saldré de vez en cuando. Supongo que recordarás que soy más un hombre de acción que un oficinista… si puedes echar la mirada atrás.

Era una trampa. Estaba claro.

–Me acuerdo muy bien. Y también recuerdo que, a veces, tomabas decisiones muy precipitadas.

Kyle la miró durante unos segundos sin decir nada.

–Eso es cuestión de opiniones. ¿No te parece?

–No. Es la verdad.

Después de eso se quedaron en silencio. Un silencio tenso, lleno de recuerdos amargos.

El taxista se volvió hacia ellos poco después.

–¿Se queda aquí, señorita?

–Sí, gracias.

Y antes de que Kyle pudiera replicar, Hannah había desaparecido.

Una vez en su apartamento, se dejó caer en el sofá, enfadada consigo misma. Había hecho lo que se juró a sí misma no hacer: intentar justificarse ante un hombre que, seguramente, no había vuelto a pensar en ella en ocho largos años.

¿Dónde estaba su orgullo?

El teléfono estaba sonando cuando Kyle entró en la habitación de su hotel.

–Hola, hijo.

–Hola, mamá. ¿Cómo está Ben?

–Dormido –contestó su madre–. Pero te llamará mañana por la mañana.

–¿Está triste? –preguntó Kyle.

Trasladar de país a un niño de siete años era difícil, pero dejarlo solo con sus abuelos…

–Te echa de menos –contestó su madre–. Pero le encanta el colegio y tu padre le ha comprado muchos juguetes. Se llevan muy bien.

–Me alegro. Por el momento, necesito un apartamento, pero después buscaré una casa con jardín.

–Por nosotros no tengas prisa. Nos encanta tenerlo aquí.

–Lo sé, mamá. Y supongo que pensarás que una casa en Cotswold es mejor que una en medio de Londres, pero es aquí donde trabajo.

–Sí, cariño, lo sé.

Cuando colgó, Kyle se quedó mirando la pared. Nadie, ni siquiera su madre sabía lo importante que era Ben para él. Quizá porque había tenido que criarlo solo.

Cuando llegó a Queensland ocho años antes, amargado y

resentido por la ruptura de su relación con Hannah, se sentía solo y aceptó salir un par de veces con una enfermera del hospital que no disimulaba su atracción por él… Y poco después, descubrió que estaba embarazada.

La noticia lo había dejado atónito, pero cuando ella anunció que iba a dar al niño en adopción, se sintió asqueado consigo mismo. Jamás habían hablado de matrimonio porque ni siquiera tenían una relación, pero después del parto, cuando ella le dijo que estaba saliendo con otro hombre, Kyle consiguió convencerla para que le diera la custodia del niño. Y se convirtió en padre soltero, dispuesto a darle a Ben todo el cariño del mundo.

Le había contado a Hannah que estaba solo y, por el momento, era cierto. No había razón para explicarle que tenía un hijo, que no estaba casado… demasiadas explicaciones.

Para empezar, porque si le decía que tenía un hijo de siete años ella pensaría que su ruptura no significó nada. Pero, sobre todo, porque no era hombre que diera explicaciones.

En Australia le había resultado fácil cuidar de Ben. Durante los primeros años tuvo una niñera y después una excelente ama de llaves que lo trataba como si fuera su nieto.

Y quería que en Londres fuera igual, pero encontrarse con Hannah lo había descentrado por completo.

Echaba de menos a Ben, lo echaba muchísimo de menos, pero el encuentro con su viejo amor había ocupado sus pensamientos durante todo el día.

Hannah Morgan estaba de vuelta en su vida.

Y entre muchos otros tortuosos pensamientos estaba el de que, si las cosas hubieran salido como él esperaba, Ben podría ser hijo suyo.

Pero, a juzgar por lo que había visto aquella aciaga mañana, a ella no la molestaban lo más mínimo las atenciones de Paul, su cuñado.

¿Por qué no seguían juntos?, se preguntó. Hannah le había dicho que Paul había vuelto a casarse tras la muerte de su hermana. Y que él había tomado decisiones precipitadas. Pero eso ya se lo había dicho ocho años antes.

Pero Kyle estaba demasiado furioso como para escuchar.

Había cambiado mucho desde entonces. Era más paciente, no tan idealista y orgulloso… Pero, ¿podría aguantar seis meses a su lado?

Hannah se despertó con la cara ardiendo.

Se había metido en la cama después de tomar un chocolate caliente. Se dijo a sí misma que la única forma de dormir era no pensar en Kyle y había funcionado.

Pero su subconsciente no estaba de acuerdo. Por eso había soñado con él. En sus sueños, era amable, dulce y la recibía con los brazos abiertos. Pero cuando iba a abrazarlo, Kyle se convertía en Paul y ella se apartaba, asqueada.

Tenía la boca seca y le dolía la cabeza. Nerviosa, salió al balcón para respirar el aire fresco del amanecer.

En las calles todo estaba en silencio, aunque poco después el ruido sería atronador. En poco más de dos horas, estaría en el metro camino del hospital… y Kyle estaría allí.

Y si alquilaba el ático, sería su vecino.

¿Qué más da?, se preguntó. ¿Por qué no lo aceptaba sin más, en lugar de ser tan derrotista?

El destino estuvo contra ella una vez. Quizá Kyle había aparecido en su vida para reparar el error.

Todos los pacientes atendidos por la unidad de urgencias tenían un seguimiento, sobre todo para demostrar a los que financiaban el servicio que este merecía la pena.

Pero no todos los pacientes se recuperaban. Algunas veces las condiciones eran tan críticas que ni un milagro podría salvarlos. Otros morían antes de que llegaran. Pero muchos salvaban la vida debido a la pronta atención.

Había noticias sobre la niña que resultó aplastada por la verja del colegio el día anterior y no eran buenas.

Tenía una fractura de cráneo y varios huesos rotos. Además, su corazón había dejado de latir durante unos segundos.

Smitty y el enfermero habían conseguido recuperar el ritmo cardíaco con un masaje y después la llevaron inmediatamente al hospital, donde el quirófano ya estaba preparado.

Cuando Hannah y los dos hombres se marchaban, llegaban los padres de la niña; el padre, lívido y la madre, histérica.

–Aquí van a rodar cabezas –murmuró Smitty–. No sé cómo puede caerse la verja de un colegio.

La niña estaba en la UCI. Afortunadamente, no parecía haber daños en el cerebro, pero las heridas eran graves.

Hannah fue la última en llegar a la unidad. Se había quedado dormida después de despertar cubierta de sudor al amanecer.

–Por lo visto, el jefe tiene un hijo –estaba diciendo Smitty–. Parece que está con sus padres en el campo hasta que él encuentre una casa. Pero no ha dicho nada de su mujer.

¡Kyle tenía un hijo! No se lo había dicho… Pero, ¿por qué iba a hacerlo? Ella misma se había negado a decirle si vivía con alguien.

¿Estaría casado… divorciado?

Su resolución de aprovechar el giro del destino desapareció y unos celos imposibles ocuparon su lugar.

No quería que Kyle le hubiese entregado su corazón a otra mujer. Aunque era un pensamiento ridículo, no podía soportarlo. ¿Qué esperaba, que hubiera vivido como un monje durante ocho años?

Tampoco ella había vivido como una monja de clausura. Pero nadie pudo ocupar su lugar. Si hubieran vuelto a encontrarse antes, habría intentado convencerlo de que entre su cuñado y ella nunca hubo nada, que el beso que presenció fue un beso robado. Hannah se parecía tanto a su difunta hermana gemela que Paul quería hacerse la ilusión de no haberla perdido.

Kyle estaba hablando con uno de los enfermeros y cuando levantó la mirada la encontró observándolo.

–¿Qué pasa? Estás muy seria.

–¿Ah, sí? Quizá es porque acabo de enterarme de que tienes un hijo –intentó sonreír ella.

–¿Y por eso estás seria?

Si su vida amorosa había estado detenida, la de Kyle desde luego, no.

–Dijiste que estabas solo en Londres.

–Dije que no había nadie conmigo, lo cual es cierto. Ben está con mis padres en el condado de Gloucestershire, pero supongo que no estás interesada en mis asuntos domésticos.

–No, es verdad.

–Pero puede que yo esté interesado en los tuyos –dijo Kyle entonces–. ¿Por qué no comemos juntos? Así podrás contarme qué has hecho durante todos estos años.

–Dudo de que te parezca muy interesante –contestó ella, con frialdad–. Quizá piensas que, como vamos a estar juntos durante los próximos meses, debes… conocerme otra vez.

–Es posible. ¿Comemos a las dos?

–Muy bien –sonrió Hannah–. ¿Pero no sería eso hacer lo contrario de lo que dijiste ayer?

–¿Qué dije?

–Que no pensabas mantener conversaciones privadas conmigo.

–¿Yo dije eso?

–Eso mismo –contestó ella–. Y si vamos a comer juntos todo el mundo supondrá que nos conocemos.

–¿Y no podrían pensar que ha sido un flechazo y quiero tontear contigo?

–Si ese fuera el caso, tendría que informarte de que tontearás conmigo cuando las ranas críen pelo.

Kyle ignoró el comentario.

–Entonces, a las dos.

Después, entró en su despacho como si tal cosa.

No comieron juntos. A las dos, Hannah estaba en la autopista M25, observando cómo David Wainright intentaba salvar la vida de un hombre que, por lo visto, se había tirado a la carretera desde un puente.

–Es increíble que no haya causado una colisión múltiple –comentó un sargento de policía–. Si hubiera habido mucho tráfico se habría organizado una catástrofe.

El hombre estaba semiinconsciente, incapaz de moverse y sin poder hablar, pero cada vez que lo tocaban emitía un gemido.

–Vamos a tener que colocarle una sujeción en la espina dorsal antes de meterlo en el helicóptero –dijo David–. Tendrás que echarnos una mano, Hannah. Por favor, llama al hospital para informar del estado del paciente. Diles que tiene múltiples fracturas y que no puede mover las piernas.

Mientras lo decía, entre tres personas levantaban al herido sujetándolo con una manta.

Hannah llamó al hospital y explicó al jefe de urgencias lo que iban a encontrarse unos minutos después.

–Tienen el quirófano preparado.

–Muy bien.

No le hacía ninguna gracia quedarse mirando cuando podría hacer algo. Pero solo le quedaban diez días más. Después, podría atender a los heridos como lo hacían los demás médicos de la unidad.

Era la única mujer del equipo y pensaba demostrarles que conocía bien su trabajo… sobre todo a Kyle Templeton.

Eso le recordó que habían quedado a comer. No fue posible y no sabía si alegrarse o entristecerse por ello.

Cuando llegaron al hospital y el equipo de urgencias llevó al herido al quirófano, se sentaron un momento en el pasillo,

esperando el diagnóstico. Sabían que estaba muy grave y que podría morir en cualquier momento.

Eso era lo que hacía su trabajo diferente. En un hospital, el equipo de urgencias recibe al paciente y hace un diagnóstico completo antes de tratarlo. En su caso, tenían que hacer el tratamiento a toda velocidad y después los dejaban en manos de otros.

Un médico salió del quirófano entonces y David se acercó a preguntar. Mientras hablaban, Hannah llamó a Kyle.

–¿Dónde estás? –preguntó él.

–En el hospital King, esperando que nos digan cuál es el diagnóstico del herido. ¿Quieres hablar con David?

–No, quiero hablar contigo. ¿Todo va bien?

–Pues… sí, pero no ha sido agradable.

–¿Por qué?

–El paciente se había tirado a la carretera desde un puente y está gravísimo. Y yo solo he podido mirar.

–Dentro de unos días podrás hacer tu trabajo. No te preocupes.

Ya lo sabía. Solo se lo había dicho porque… porque necesitaba desahogarse con alguien.

–Volved enseguida. Podríamos recibir otra llamada en cualquier momento.

Cuando colgó, David estaba a su lado, con una expresión menos sombría que antes.

–Parece que va a salir de esta. ¿Con quién hablabas, con Kyle?

Ella asintió.

–Dice que volvamos enseguida.

–Como si no lo supiéramos –murmuró su compañero.

Volvieron a las tres y Hannah estaba hambrienta. Solo había desayunado una tostada y bajó a la cafetería para comer algo.

Estaba disfrutando de un enorme bocadillo cuando levantó la mirada y vio a Kyle dirigiéndose hacia ella.

–¿Te importa si me siento un momento contigo?

–Claro que no.

Él la miraba con intensidad, como si quisiera grabar sus facciones en la memoria. Y Hannah se puso colorada.

¿Qué estaba pensando? ¿Que una chica no pegaba en aquel grupo de hombres de acción?

¿O estaría recordando cómo hacían el amor ocho años atrás? Quizá debería ser ella quien diera el primer paso, a pesar de haberle

dicho que no estaba interesada en contarle su vida.

–Dijiste que tu hijo está con sus abuelos. ¿Y tu mujer? –preguntó, sin mirarlo.

Tenía la boca seca y su corazón latía como loco, pero intentó disimular.

–No estoy casado.

–¿Divorciado?

–No.

–¿Entonces?

–Tuve una aventura.

Hannah tragó saliva. De modo que había encontrado alguien con quien acurrucarse por las noches…

No quería saber nada más. Cada momento que habían compartido estaba grabado en su mente y allí estaba Kyle, contándole tranquilamente que tuvo una aventura y que, como resultado, tenía un hijo.

–Ya veo.

Kyle sonrió, pero era una sonrisa tensa.

–¿Y tú? Pensé que te habrías casado con ese cuñado tuyo. Eso era lo que él quería, ¿no?

Lo mejor sería no darle explicaciones, se dijo Hannah, orgullosa. Que pensara lo que quisiera. Estaba claro que él no había guardado luto mucho tiempo.

–Es posible.

–¿Sabes que vamos a ser vecinos?

–¿Has alquilado el ático?

–He firmado el contrato esta mañana. Y eso me recuerda que debo sacar mis cosas del hotel. Durante el día de hoy, Graham Smith estará a cargo de la unidad.

Y después de decir eso, se levantó y salió de la cafetería.

Mientras Hannah volvía a casa lo único que podía pensar era que, a pesar de la absurda y frustrante conversación con Kyle, los años yermos habían terminado.

Kyle Templeton estaba de vuelta en su vida. No como amante, ni siquiera como amigo, pero iban a verse a menudo durante aquellos meses y, a pesar de que seguía sintiéndose un poco incómoda por su inesperada presencia, de repente se sentía viva.

Sonriendo, salió del ascensor y abrió la puerta de su apartamento.

–¡Hannah!

Ella se dio la vuelta, sobresaltada.

–Qué susto me has dado.

–Lo siento. Quería invitarte a cenar, como compensación por haberme ayudado a encontrar el ático.

–No hace falta –protestó ella, su aplomo desertándola ante el inesperado… o deseado encuentro–. Sé que es difícil encontrar piso en Londres.

–¿Cómo encontraste el tuyo? –preguntó Kyle entonces.

–Mi amigo Richard estuvo viviendo aquí dos años antes de comprarse un dúplex.

No sabía por qué había metido a Richard en la conversación. Quizá para hacerle saber que también ella salía con otras personas.

¿Le importaría eso a Kyle? Aunque parecía interesado por saber qué había hecho durante aquellos ocho años, su única preocupación parecía ser Paul.

–Me alegro por ti. ¿Has cenado?

–No. Iba a prepararme algo delicioso… como un huevo cocido, por ejemplo.

¿Por qué había dicho eso? ¿Qué quería, parecer una pobre huerfanita?

Para su sorpresa, Kyle soltó una carcajada. Y los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas.

Hacía tanto tiempo que no escuchaba aquel sonido ronco y profundamente masculino. Y, sin embargo, le resultaba tan familiar como si lo hubiera escuchado el día anterior.

–Creo que puedo ofrecerte algo mejor. Vamos –dijo él, tomando su mano.

Sentir la mano del hombre apretando la suya era como… como si nunca la hubiera soltado.

Y si no se controlaba, iba a hacer el más completo de los ridículos, pensó.

Sentada frente a Kyle en el restaurante de la esquina, Hannah no se daba cuenta de cómo la suave iluminación hacía que su pelo pareciese de oro o que sus ojos azules fueran dos piscinas misteriosas.

Pero el hombre que estaba frente a ella sí se daba cuenta.

Había preparado aquel encuentro. La había esperado, sabiendo que llegaría a casa alrededor de las ocho y media. Y bajó al rellano esperando encontrarse con ella.

Pero no era solo por gratitud, sino porque tenía que verla.

Aunque quizá a Hannah ya no le importaba nada. Había mencionado a un tal Richard…

Pero una cosa estaba clara. Nadie la esperaba en su apartamento o no estarían sentados allí, cenando.

Estaba guapísima, pensó. La joven estudiante de medicina a la que amó ocho años antes se había convertido en una mujer preciosa y una profesional muy capaz, dedicada a un trabajo que no todo el mundo puede hacer.

Quizá el destino los había unido de nuevo. Quizá ya era hora.

Cuando se separaron, Kyle estaba furioso y dolido. La había encontrado en los brazos de su cuñado y se volvió loco. Tanto, que no quiso verla nunca más.

¿Dónde estaba Paul? Por lo visto, se había casado con otra. ¿Se habría olvidado Hannah de él?

Cuando levantó la mirada, ella lo estaba mirando con ojos interrogantes.

–¿En qué piensas? ¿En tu hijo? ¿En el trabajo?

–Me estaba preguntando qué he hecho con la maquinilla de afeitar –sonrió Kyle.

Cuando salieron del restaurante, el cielo estaba cuajado de estrellas. Iban uno al lado del otro, tan cerca que Hannah se preguntaba si él podría oír los latidos de su corazón.

En el rellano, no sabía si por el anhelo guardado durante ocho años o por la angustia que provoca trabajar en una unidad de urgencias, tan cerca de la muerte todos los días, de repente Hannah sintió que le flaqueaban las piernas.

Kyle, que parecía haberlo intuido, la tomó en sus brazos.

–Estás cansada, ¿verdad?

–No.

–Entonces, ¿qué te pasa? ¿Es esto? –murmuró él, levantando su barbilla con un dedo.

Y entonces la besó. Fue un beso suave, apenas un roce en los labios, pero la hizo sentir viva de nuevo.

Kyle le quitó las llaves de la mano y abrió la puerta.

–Vete a dormir. Nos veremos por la mañana –se despidió.

A las dos de la madrugada, la mente de Hannah era un caos. ¡Seguía allí! La llama que estuvo encendida durante tantos años seguía encendida. Aquel beso se lo había confirmado.

«Nos veremos por la mañana».

Y era cierto. Se verían por la mañana, y a la mañana siguiente…

Pasara lo que pasara y fueran lo que fueran el uno para el otro, Kyle estaba de vuelta en su vida.

Capítulo 3

CUANDO se encontraron a la mañana siguiente, Hannah esperaba que hubiera algún cambio en su relación. Después de aquel beso…

Pero no tuvo tiempo de comprobarlo.

Acababa de entrar en la unidad cuando empezó a sonar la alarma. Un accidente en Piccadilly Circus. Un hombre que estaba parando un taxi había sido atropellado por un motorista y ambos resultaron heridos.

El helicóptero empezó a mover sus aspas bajo la atenta mirada del bombero de guardia, que estaba siempre alerta por si un fallo en el motor provocaba un incendio.

Cuando Jack Krasner estaba a punto de despegar, la puerta se abrió y Kyle se sentó a su lado.

–Ya te dije que no pensaba estar detrás del escritorio todo el día –sonrió él, al ver su cara de sorpresa.

El otro miembro del equipo era Pete Stubbs, recuperado de su accidente bajo el autobús.

–Unos días más y podrás ponerte a trabajar en lugar de quedarte mirando, ¿eh, Hannah? –sonrió Pete, como si se diera cuenta de que el ambiente se había puesto tenso con la entrada del jefe.

Ella le devolvió la sonrisa. Era un buen chico. De hecho, todos los miembros del equipo lo eran. El único del que no estaba tan segura era el hombre que estaba a su lado. El hombre que, aquella mañana, había vuelto a ser distante y frío.

Cuando rompieron ocho años atrás, lo buscó por todas partes… excepto en Australia, desafortunadamente.

La asustaba que siguiera afectándola, pero así era. Su vida amorosa… o la falta de ella más bien, era algo a lo que se había acostumbrado y, de repente, el objeto de su amor aparecía de nuevo. Y, por su actitud, seguía sin perdonarla.

Kyle la había invitado a cenar la noche anterior; un gesto amistoso, desde luego, pero le había explicado por qué: quería darle las gracias por haberlo ayudado a encontrar piso. Y, por supuesto, debía seguir sintiendo cierto cariño por ella. Por eso la abrazó en el rellano.

Pero nada más. No era nada más.

–Voy a aterrizar entre esos dos edificios –les informó Jack–. Es lo más cerca que puedo llegar.

Poco después llegaban a la escena del accidente. La policía había acordonado la zona y el taxista estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos.

Pete y el enfermero corrieron hacia uno de los heridos y Kyle y ella se acercaron al motorista, tumbado en el suelo. Afortunadamente, llevaba casco.

Kyle tomó el brazo del joven, que cayó sobre el asfalto como si fuera de goma.

–Vamos a tener que usar técnicas de resucitación. Yo le haré el boca a boca mientras tú le das un masaje cardíaco. ¿De acuerdo?

Hannah asintió, intentando concentrarse entre el ruido de las sirenas y los gritos de los policías intentando apartar a la gente.

Su trabajo era lo más importante para ella. Y se sentía orgullosa por llegar a la escena de un accidente en tan breve espacio de tiempo. Era la diferencia entre la vida y la muerte para sus pacientes.

Y estaba trabajando al lado de un hombre con gran reputación. Todo lo demás dejaba de tener importancia.

Cuando el joven empezó a respirar de nuevo, miró a Kyle, satisfecha.

–Bien hecho, doctora Morgan. Lo que hay que hacer ahora es ponerle un collarín y llevarlo al hospital inmediatamente. Pero antes tengo que examinar al otro herido. Quédate con él –le ordenó, antes de salir corriendo.

–De acuerdo.

Poco después, volvía a su lado.

–Nos llevaremos al chico en helicóptero. El conductor del coche solo tiene una pierna rota y algunas magulladuras, así que puede ir en ambulancia.

Media hora después, ambos respiraban tranquilos. Pete llamó para decir que habían llegado al hospital con el segundo herido y que todo parecía estar en orden.

–¿Nos vamos? –preguntó Hannah.

–Sí, claro. Cuéntame, ¿a qué se dedica tu cuñado? –preguntó Kyle entonces.

–No tengo ni idea –contestó ella, sorprendida–. Ni siquiera sé dónde vive.

–¿Con quién se casó?

–Con su secretaria.

–¿Y cuándo os visteis por última vez?
–Hace seis o siete años.
–Entonces, ¿cortasteis cuando yo me marché?
–No había nada que cortar, Kyle. Lo sabrías si me hubieras dejado darte una explicación –contestó Hannah, irritada–. Paul se quedó destrozado cuando murió mi hermana. Yo también pero, además, tuve que consolar a mi cuñado. ¿Qué iba a hacer? El pobre estaba hecho polvo y amenazaba con suicidarse –añadió, intentando darle una explicación por primera vez–. Y, además, no sé cómo tienes valor para interrogarme. Me dejaste sin dar una explicación.
–¿Y puedes culparme? –exclamó él, con los dientes apretados–. Estabas todo el día con Paul. Al principio podía entenderlo, pero después… era demasiado.
–Al final me di cuenta de que estaba manipulándome –suspiró Hannah–. Solo quería mantenerme a su lado para no estar solo.
–Ya… pues yo os encontré en una situación bastante comprometida.
–Por parte de Paul, es posible. Pero yo no tuve la culpa. Su excusa era que yo me parecía tanto a Janine…
–Una excusa absurda y enfermiza –la interrumpió Kyle.
–Yo pensaba lo mismo, pero no pude decírtelo porque saliste corriendo –le espetó ella entonces–. Siempre sacabas tus propias conclusiones, sin esperar, sin hacer preguntas.
–¿Y ahora? ¿Sigo siendo igual?
–No lo sé. Hace mucho tiempo que no nos vemos.
–Yo creo que los dos hemos cambiado, Hannah. Tú no eres tan suave y maleable como entonces y yo soy más tolerante.
–¿Suave y maleable? Quizá los años me han endurecido. Pero tú siempre has sido duro, intolerante, orgulloso…
Kyle soltó una carcajada.
–Es posible. Pero desde que nació Ben soy tan maleable como la plastilina.
Hannah contuvo el aliento. Le dolía saber que tenía un hijo… que no era suyo. Kyle le había robado la posibilidad de tener hijos con él y eso le partía el corazón.
¿Y qué estaban haciendo? ¿Jugar al gato y al ratón?
Estaban abriendo viejas heridas que era mejor dejar cerradas. Lo suyo había terminado ocho años antes. Y lo único que importaba era el presente, por solitario que fuera.

Durante los días que siguieron, se trataban con fría cordialidad

en el trabajo y se saludaban amistosamente en el portal.

Hannah tenía la intuición de que debía ser él quien diera el primer paso, pero se sentía más sola que nunca sabiendo que Kyle estaba cerca. Era una sensación extraña. Estar tan cerca y tan lejos a la vez…

Sabía que iba a ver a su hijo durante los días libres. Y que cuando iba a trabajar al día siguiente, estaba más sombrío que nunca.

–¿Ben está bien? –le preguntó en una ocasión.

Él la miró, con expresión de sorpresa.

–Sí. Se lleva muy bien con mis padres. ¿Por qué?

–Porque siempre que vas a verlo, vuelves con expresión triste –contestó Hannah.

–Quiero tenerlo conmigo en Londres, pero antes debo encontrar una casa.

–¿Lo echas de menos?

–Claro –suspiró Kyle–. Quizá debería haber aceptado un puesto cerca de la casa de mis padres, para poder estar con él –añadió, mirando alrededor–. Pero este sitio me encanta. He hecho este trabajo durante muchos años y es una ocupación que ofrece muchas recompensas.

Todos sentían lo mismo. Era un trabajo agotador y muy estresante, pero la recompensa de salvar una vida no podía compararse con nada.

–Te entiendo.

–Además, si no hubiera venido aquí, jamás habríamos vuelto a vernos.

–No creo que yo pueda competir con Ben.

–Sois dos personas diferentes. Muy diferentes –dijo él, enigmático.

En ese momento sonó la alarma y tuvieron que cortar la conversación.

Hannah había terminado el período de prueba y atendía a los pacientes como los demás médicos. A veces Kyle iba con ella, cuando era un accidente en el que había varios heridos, y en esas ocasiones se ponía tensa. No sabía si la acompañaba por echar una mano o porque no confiaba del todo en ella.

Jack Krasner, el piloto, que solía tontear con ella, suspiró exageradamente cuando rechazó su invitación de salir a cenar.

–¿Es por Templeton?

–No –contestó Hannah–. Es que… después de terminar la jornada de trabajo estoy demasiado cansada como para salir a

cenar.

Era una excusa absurda porque podrían haber salido durante uno de sus días libres, pero Jack tendría que contentarse con eso.

David Wainright había conseguido plaza en un hospital de Liverpool y el viernes por la noche, después de trabajar, fueron a celebrarlo.

Todo el mundo estaba allí, los enfermeros, los médicos, hasta los bomberos que controlaban un posible incendio en el helicóptero.

Hannah, con un traje de chaqueta negro que le sentaba de maravilla, era la única mujer presente.

Y Jack no dejaba de darle la lata, diciéndole lo guapa que estaba y la buena pareja que hacían. Pero era un chico muy simpático y no podía evitar reírse con sus comentarios.

–¿Nos vamos juntos en taxi o vas a irte con Jack? –le preguntó Kyle cuando estaban pagando las copas.

–Nos vamos juntos –contestó ella, sabiendo que si Jack Krasner la llevaba a casa… no querría marcharse.

–Pues entonces, venga. No quiero tener que pelearme.

Hannah levantó los ojos al cielo. Aquel hombre no cambiaría nunca.

Si supiera lo que le pasaba por la cabeza… Era fácil de entender profesionalmente, pero en cuanto a sus sentimientos…

Quizá seguía teniendo reservas con respecto a ella, pensó. O quizá no las tenía, pero actuaba con cautela para que no volviera a ocurrir.

Tomaron un taxi e hicieron el viaje en completo silencio. Kyle iba mirando por la ventanilla, de perfil, y ella sintió un absurdo deseo de acariciar su cara.

Poco después estaban frente a su casa, pero cuando Hannah iba a bajar del taxi se le enganchó el zapato con el bajo del pantalón y Kyle tuvo que sujetarla.

–Gracias –murmuró, cortada–. Casi me rompo la cabeza.

Él no dijo nada. Pero seguía abrazándola.

–¿Tú crees que deberíamos comprobar si es tan bonito como antes?

–¿A qué te refieres?

–A un beso. Un beso de verdad.

Hannah se puso tensa.

–El pasado ha muerto. Al menos, para mí.

–¿Y no lo lamentas?

–Yo no he dicho eso.

No era el momento de decirle que lo había lamentado durante ocho largos años.

–Ya. Entonces, digamos que es por los viejos tiempos –murmuró Kyle.

Y la besó. Un beso apasionado, encendido. Un beso que la llevaba atrás en el tiempo.

Cuando se separaron, Hannah intentó recuperar la compostura.

–Eso debería haber sido por el presente. No por el pasado.

–Si tú lo dices… Bueno, a dormir. Si no nos acostamos pronto, empezará a amanecer.

Hannah, furiosa, subió las escaleras de dos en dos, sin esperarlo. Una vez dentro del apartamento, se apoyó en la puerta hasta que su corazón recuperó el ritmo normal. Después, se dejó caer en el sofá.

Seguía sintiendo los labios de Kyle sobre los suyos, el posesivo abrazo que le había llevado tantos recuerdos. Pero él no había dicho nada que la hiciera pensar que seguía importándole.

Y al día siguiente, volverían a la rutina de todos los días.

Al día siguiente, Kyle volvió a ser el jefe. Si recordaba el beso de la noche anterior, no lo demostraba en absoluto.

Aquel día, Smitty se encargaría de las salidas más urgentes, mientras Pete y ella harían las de menor prioridad. En esas ocasiones salían en una ambulancia y, consecuentemente, tardaban más en llegar a los heridos.

A la hora del almuerzo el helicóptero había salido tres veces, lo cual significaba que Smitty estaba agotado. Pero Pete y ella tuvieron un rato para relajarse. Lo cual era bastante raro.

–Anoche saliste corriendo –le dijo Jack–. ¿Te fuiste con el jefe?

–Es que vivimos en el mismo edificio.

Él la miró, sorprendido.

–¿Y eso?

–Me preguntó si sabía de algún apartamento cerca de aquí y en mi edificio había un ático libre.

–¿Y por qué te preguntó a ti precisamente?

Nadie sabía que fueron novios años atrás. Y quizá era el momento de decirlo. Si alguien se enteraba por casualidad, empezarían a hacer muchas preguntas.

–Nos conocimos hace tiempo.

–¿Ah, sí?

–Sí –contestó ella–. Por eso…

–¿Por eso tiene tanto interés en ti?

–No tiene ningún interés especial.

–Eso es lo que tú crees –replicó Jack–. Kyle no es inmune a tus encantos. Ninguno de nosotros lo es.

La alarma sonó en ese momento y Hannah suspiró, aliviada.

A media mañana, cuando Pete y ella estaban tomando un café, Kyle apareció a su lado.

–¿Puedo hablar contigo un momento? En mi despacho, si no te importa.

Ella lo siguió, sorprendida.

–Tengo la impresión de que estás enfadado conmigo. Y si tiene algo que ver con lo de anoche…

–No estoy enfadado –la interrumpió Kyle–. Mis padres van a traer a Ben mañana, pero no pueden quedarse en Londres porque tienen cosas que hacer. Y el problema es que yo tengo una reunión por la mañana.

–¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

–Pues… yo había pensado pedirte que te quedaras con mi hijo. Como es tu día libre…

Hannah lo miró, perpleja.

–Bueno, si no tienes a nadie más con quien dejarlo… De acuerdo. La verdad es que me gustaría conocerlo.

–Muchas gracias –sonrió Kyle–. Lo llevaré a tu casa a las diez.

Ella salió del despacho, pensativa. Kyle iba a confiarle a su hijo y ese era un primer paso.

No pudieron volver a hablar durante todo el día porque él estuvo ocupado mostrándole las instalaciones a un grupo de ejecutivos y ella tuvo que atender a los heridos de dos accidentes.

Mientras volvía a casa, Hannah se consoló con el hecho de que le había pedido ayuda.

La noche anterior, entre sus brazos, se había sentido de nuevo como una cría enamorada. Pero, ¿qué había significado para él?

Antes de hacerse la cena, Hannah se metió en la ducha, pensativa.

–Vive paso a paso –murmuró para sí misma.

Kyle Templeton estaba lleno de sorpresas y mientras siguieran siendo sorpresas agradables, como cuidar de su hijo… y ese beso perturbador bajo la luz de las farolas, todo iría bien.

Capítulo 4

A LAS ONCE, cuando Hannah estaba viendo las noticias en televisión intentando no quedarse dormida, sonó el timbre.

Solo podía ser una persona, pensó, intentando decidir si debía ponerse una bata sobre el corto camisón. Pero antes de que pudiera hacerlo, el timbre sonó de nuevo, impaciente.

Y no era Kyle, sino Richard.

–Espero no haberte sacado de la cama –dijo, cuando ella abrió la puerta.

Hannah negó con la cabeza, intentando disimular su desilusión. Richard era la última persona a la que deseaba ver.

–Estaba a punto de irme a dormir –contestó, invitándolo a entrar–. ¿Qué ocurre?

Intentaba ser agradable, pero una visita a esas horas no le parecía muy normal después de cómo se habían separado.

–Vengo a ofrecerte una cosa.

–¿Qué?

–He ganado unas vacaciones en Barbados y quiero que vengas conmigo. Estaba cenando con unos amigos y, de repente, se me ha ocurrido que tú podrías compartir mi buena fortuna.

Hannah dejó escapar un suspiro. Había dejado suficientemente claro que no quería saber nada de él, pero Richard no parecía darse por vencido.

Y si esperaba que aceptase estaba muy equivocado.

–Lo siento, pero ya te dije que era mejor no volver a vernos.

Él la miró, incrédulo.

–¿No quieres venir?

–Me temo que no.

–Muy bien, como tú quieras. Yo pensé que estarías encantada.

–¿Por qué iba a estarlo?

–Pues… todo el mundo quiere ir a Barbados. Es un sitio precioso.

Seguramente le gustaría ir a Barbados. Pero no con él. Con Kyle, desde luego.

–Habrá otras chicas que quieran aprovechar la oportunidad.

De repente, la expresión fría de Richard desapareció.

–Si fuera fácil llevarse bien conmigo, quizá.

Hannah sintió pena por él. Y le dio un beso en la mejilla como despedida.

–Buena suerte con tus vacaciones.

Richard pulsó el botón del ascensor y ella cerró la puerta, disimulando una sonrisa.

Eran las once cuando Kyle salió del hospital. Habían recibido una llamada urgente a última hora y tuvo que atenderla con Smitty.

Pero no había tenido tiempo de hablar con Hannah sobre los planes para el día siguiente.

Podría haberla llamado por teléfono, pero le parecía absurdo no hacerlo en persona cuando solo tenía que bajar dos pisos. Le agradecía inmensamente que hubiera aceptado cuidar de Ben, sobre todo porque un día libre era algo que los médicos de la unidad agradecían al máximo.

Solo pensaba molestarla cinco minutos, pero cuando llegaba al oscuro rellano vio que se abría la puerta de su apartamento. Se le hizo un nudo en la garganta al ver que Hannah se despedía de un hombre besándolo en la mejilla.

Pero no era asunto suyo lo que ella hiciera con su vida.

Kyle se dio la vuelta. No quería que supiera que la había visto con su amante. Y debía serlo. Si no, ¿por qué salía a despedirlo vestida apenas con un camisón?

Hannah acababa de meterse en la cama cuando sonó el teléfono.

–Hola, soy Kyle. Perdona que llame tan tarde.

–No estaba dormida.

«Ya lo sé», estuvo a punto de decir él.

–Es sobre lo de mañana.

–Sí, ya me imagino –replicó Hannah. Kyle intuyó que estaba sonriendo e intuyó también que esa sonrisa no tenía nada que ver con él.

–Ha habido un cambio de planes. Mis padres llegan a Londres a las ocho y media, así que estaremos en tu casa sobre las nueve. ¿Te parece bien?

–Sí, claro.

–De acuerdo. Buenas noches.

Hannah se quedó mirando el teléfono. Había sonado raro, como enfadado. Pero, ¿por qué iba a estarlo?

Por impulso, marcó su número de teléfono.

–Dígame.

–Soy yo, Kyle. ¿Estás bien? Me parecías un poco raro y…

–¡Claro que estoy bien! –la interrumpió él–. ¿Por qué no iba a estarlo?

Irritada, Hannah colgó el teléfono. Si ese era el agradecimiento que recibía, nunca volvería a preocuparse.

Kyle masculló una maldición. Con Hannah nunca parecía capaz de hacer las cosas bien.

Estaba claro que sus sentimientos por él habían muerto y el hecho de que saliera con otros hombres no debería sorprenderlo.

Hannah Morgan era preciosa, un buen médico y una persona buena e inteligente. ¿Qué más podía pedir un hombre?

Nada. Y él había perdido ocho años de su vida.

Cuando sonó el timbre a la mañana siguiente, Hannah estaba preparada. Se había puesto vaqueros y zapatillas de deporte y estaba dispuesta a cualquier cosa. Sería divertido pasar la mañana con Ben.

Había pensado llevarlo al zoo.

–Aquí estamos –la saludó Kyle–. Y este es mi hijo, Ben.

Hannah se inclinó para saludar a un niño rubio que parecía bastante tímido.

–Hola, Ben. Yo soy Hannah.

–Os llevaréis bien, ya verás.

–Claro que sí. ¿Te gustaría ir al zoo, Ben?

–Bueno –contestó el niño.

–¿Bueno? Da las gracias, renacuajo –lo regañó su padre.

–Podrías reunirte con nosotros cuando termine la reunión –sugirió ella.

–Si no tienes nada que hacer esta tarde…

–No había planeado nada especial.

En sus días libres, Hannah salía de compras, iba a comer con alguna amiga y después, al cine. Nada demasiado emocionante.

–¿Dónde nos encontramos?

–Donde los leones, si te parece. A las tres.

Kyle miró su reloj.

–A las tres, en la jaula de los leones. Ah, por cierto. Ten cuidado con Ben. Es un niño obediente, pero nunca se sabe…

–¡Soy muy bueno! –protestó el crío.

–No te preocupes, no le pasará nada –rio ella.

Cuando Kyle desapareció, Hannah tuvo que contener la emoción. Kyle Templeton era una extraña mezcla: inteligente, leal, apasionado, un buen padre…

Otros hombres se lo habrían pensado dos veces antes de criar a un niño sin la ayuda de una mujer.

–Quiero ver a los osos –dijo Ben, interrumpiendo sus pensamientos.

–¿Y a los tigres?

–¡También!

–Estupendo. ¿Te apetece un vaso de leche antes de salir?

–Vale.

Hannah fue a la cocina y calentó un vaso de leche en el microondas. Pero cuando volvió al salón, Ben estaba dormido en el sofá.

«Qué raro», pensó. Quizá no había dormido bien, nervioso por el viaje. Pero llevarse a un niño medio dormido al zoo no sería divertido y decidió dejarlo un rato en el sofá.

Una hora después, cuando fue a despertarlo, se dio cuenta de que tenía la cara ardiendo.

Ben abrió los ojos en ese momento.

–¿Me das un vaso de agua? Tengo sed.

–Sí, claro.

Hannah fue a la cocina, preocupada. El niño tenía fiebre. ¿Cómo iba a llevárselo a ninguna parte en ese estado?

–Hannah, me duele la cabeza –se quejó Ben desde el salón.

–No te preocupes, cielo. Voy a ponerte el termómetro.

Tenía treinta y nueve de fiebre. Una fiebre que había aparecido sin avisar. ¿Qué podía ser?

El niño tenía la cara muy roja, como si le hubiera salido un sarpullido.

–¿Sabes lo que es una alergia?

–Mi abuela dice que es algo que te sienta mal.

–¿Y sabes si tienes alergia a algo?

Ben negó con la cabeza.

–Túmbate, cielo. Voy a llamar a tu papá.

Hannah llamó al móvil de Kyle y le explicó la situación. Veinte minutos después, él llamaba al timbre.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, ansioso.

–No lo sé –contestó ella, siguiéndolo por el pasillo–. ¿Ben es alérgico a algo?

–¿Qué? –murmuró Kyle, mientras examinaba al niño–. Mi madre me dijo que le había picado una avispa y que lo llevó al médico…

–Quizá le han puesto un antídoto al que es alérgico.
–Pero Ben nunca ha sido alérgico a nada…
–Ya sabes que las alergias se desarrollan en cualquier momento, sin avisar.
–Voy a llevarlo al hospital.
Hannah hubiera querido ir con él, pero Kyle no le pidió que lo hiciera. Fue Pete quien la llamó desde el hospital. Por lo visto, le estaban haciendo pruebas al niño y Kyle la llamaría cuando supieran algo.

Por la tarde, el teléfono volvió a sonar y Hannah contestó inmediatamente.
–Dígame.
–Tenías razón. Ben es alérgico al antídoto que le pusieron ayer. Pero ya se encuentra mejor.
–Gracias a Dios –suspiró ella.
–Perdona que no te haya llamado antes, pero entre el niño, el informe médico y mis padres, estaba de los nervios.
–No te preocupes. Lo entiendo.
–Por cierto, mi hijo está muy contento contigo. Dice que eres un médico estupendo.
Hannah sonrió.
–Lo increíble es la rapidez con que le salió el sarpullido. Se quedó dormido en el sofá y, de repente, cuando lo miré, tenía la cara como un tomate…
–Siento mucho que hayas tenido que pasar ese mal rato.
Ella estaba a punto de decirle que no le importaba, que le encantaba haber cuidado del niño. Incluso que deseaba quererlo tanto como lo quería él. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo.
–Tengo que colgar, Hannah.
–¿Podría ir al hospital a verlo?
–Sí, claro. Si tienes tiempo… Bueno, tengo que irme. Ben estará a punto de despertar.

Cuando Kyle volvió al lado de su hijo, su madre lo miró, interrogante.
–He llamado a una amiga para decirle cómo está el niño. La pobre estaba cuidando de él cuando se puso enfermo.
–¿Trabaja contigo?
Él asintió. Sus padres no conocían a Hannah en persona y sería

mejor no mencionar el tema. Bastante incómodo se sentía cada vez que estaba con ella.

Sin embargo, Ben parecía encantado con su nueva amiga.

–¿Va a venir Hannah a verme?

–Creo que sí –contestó Kyle, nervioso–. Pero no sé cuándo.

Una mujer había sido atropellada en la plaza Cumberland mientras esperaba el autobús.

La llamada llegó a media mañana y aquel día Hannah era la encargada del primer equipo, de modo que subió al helicóptero con su enfermero.

Jack tomó tierra en una de las salidas de Hyde Park y enseguida salieron corriendo hacia el lugar del accidente. El conductor del coche estaba atrapado en el asiento y la mujer, tumbada en el suelo, entre un montón de cristales rotos.

La policía había acordonado la zona e intentaba controlar el tráfico.

–Un testigo dice que el conductor perdió el control del coche. Por eso se empotró contra la parada de autobús –les explicó un sargento.

Hannah se dirigió hacia la mujer, mientras el enfermero acudía a auxiliar al conductor. Desgraciadamente, nada podía hacerse por él.

La víctima del atropello, que estaba consciente, tenía una herida contusa en la cabeza y sangraba abundantemente.

–Me duele mucho la pierna.

–Por favor, aparte a la gente. Esta señora necesita un poco de aire –gritó Hannah, dirigiéndose al policía más cercano–. ¿Cómo se llama, señora?

La mujer les dio su nombre, haciendo gala de coraje.

–Voy a cortar la chaqueta para comprobar si hay daños en la espalda. Usted, tranquila. No se mueva.

Quince minutos después, la herida estaba en una camilla. No había peligro para su vida, pero tenía múltiples fracturas.

Cuando estaban en el helicóptero, Hannah descubrió que iban al mismo hospital en el que estaba Ben. Podría pasar por su habitación para saludarlo, pensó.

Después de dejar a la mujer en urgencias, entró corriendo en la tienda del hospital y preguntó en recepción el número de habitación de Ben Templeton.

El niño estaba solo cuando llegó.

–Hola, soy Hannah.

–¡Hannah! –exclamó el crío, sonriendo–. ¿Cuándo vas a llevarme al zoo?

–En cuanto te pongas mejor.

–Ya estoy mejor.

–No sé yo… –sonrió ella–. ¿Dónde están tus abuelos?

–Se han ido a dormir un rato porque han pasado la noche aquí. Y mi papá ha ido a hablar con el médico para ver cuándo puede llevarme a casa.

–Ya veo.

Kyle llegaría en cualquier momento y… estaba deseando verlo. Había soportado ocho años sin él y, de repente, diez horas le parecían una eternidad.

–¡Hannah! –escuchó su voz unos minutos después–. ¿Qué haces aquí? ¿No estás de servicio?

–Pues… es que hemos traído a una mujer que ha sido atropellada y como estábamos en el mismo hospital he pensado pasar un momento para ver a Ben –contestó ella, cortada.

¿Por qué le decía eso? Kyle sabía muy bien que ella realizaba su trabajo sin distracciones. Era una pregunta antipática y fuera de lugar.

–¿Has venido a verme en helicóptero? –preguntó el niño, emocionado.

–Sí.

Su padre le revolvió el pelo, sonriendo.

–Acaban de decirme que podemos irnos a casa. Mis padres se lo llevarán a Cotswold mañana.

–Bueno, yo me marcho –murmuró Hannah–. Pero te he traído una cosa.

Ben abrió los ojos como platos cuando ella sacó del bolsillo un pequeño helicóptero.

–¡Cómo mola!

–Es como el que usamos en la unidad. Pero mucho más pequeñito. Y ahora mismo me está esperando, así que tengo que irme. Cuando te pongas mejor, quizá puedas convencer a tu padre para que te deje subir en él.

Y después de decir eso, salió de la habitación sin despedirse de Kyle.

Capítulo 5

QUÉ TE pasa, papá? ¿Te duele algo? –preguntó Ben.

–¿Qué? Ah, no, no me duele nada –contestó Kyle, nervioso.

Él era un hombre seguro de sí mismo, tranquilo… pero cuando Hannah estaba presente, se sentía como un adolescente.

Su corazón dio un vuelco cuando la vio al lado de su hijo. Y comentó lo de que estaba de servicio solo porque no se le había ocurrido otra cosa.

En lugar de decirle cómo agradecía que hubiera ido a visitar a Ben, hacía un comentario que sonaba como una censura…

Sentía la tentación de ir tras ella para explicárselo, pero no era el momento. No podía hacer las paces con Hannah delante de Jack Krasner.

Tendría que esperar. Había esperado ocho largos años y por un par de días más no pasaba nada.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jack–. ¿El niño no está mejor?

–Está bien –contestó Hannah, distraída.

–Entonces, ¿por qué tienes esa cara? ¿La paciente está muy mal?

–He hablado con el médico y me ha dicho que no hay hemorragia interna, afortunadamente. Pero tiene las dos piernas rotas y tardará mucho tiempo en volver a andar. Es increíble lo que puede pasarte al salir de casa. La pobre estaba esperando el autobús y…

–La vida es dura –suspiró Jack–. Pero tú ya estás acostumbrada, como todos nosotros. ¿Por qué pareces tan triste? ¿Templeton quizá?

–No seas cotilla. Es que estoy cansada, nada más.

No era cierto, por supuesto. Estaba enfadada con Kyle por haber preguntado qué hacía allí si estaba de servicio. ¿Qué quería, que fuera a visitar a Ben a medianoche? A las enfermeras les habría hecho mucha gracia, desde luego.

Aunque, aparentemente, las visitas nocturnas sí estaban en la agenda de Kyle Templeton. Acababa de llegar a casa cuando sonó el timbre.

–Buenas noches.
–Hola. ¿Cómo está Ben?
–Mucho mejor, durmiendo como un angelito.
–Me alegro –dijo Hannah.
–El caso es que mis padres están en la habitación de invitados, así que no tengo dónde dormir –dijo Kyle entonces.
Ella lo miró, atónita.
–¿Y?
–Te prometo que no ronco.
Hannah estuvo a punto de preguntarle por qué no dormía en el sofá, pero se lo pensó mejor.
–De acuerdo. Pero tengo que hacer la cama. Y sacar la alfombra roja, por supuesto –dijo, irónica.
–Qué graciosa.
–Bueno, ¿me ayudas a hacer la cama o piensas quedarte en la puerta?
Kyle la miró de arriba abajo. Y, de repente, sin decir nada, la abrazó.
–¿Qué tienes, Hannah, que nos vuelve locos a todos? –murmuró, besando su pelo–. Krasner, el tipo que salía de tu casa el otro día, yo…
Hannah escuchaba aquello, atónita. Era difícil saber qué la asombraba más, que Kyle hubiera visto a Richard o su admisión de que se sentía atraído por ella.
Pero decidió que había ido demasiado lejos. Enfadada, se apartó de un empujón. ¿Por qué se creía con derecho de abrazarla cuando le daba la gana y soltarle una grosería cuando le parecía bien?
–¿Cómo viste a Richard salir de aquí? ¿Estabas escondido en el rellano?
–Ah, se llama Richard.
–Pues sí. Y había venido para invitarme a ir a Barbados con él.
–¿Es tu novio?
–No. Es un amigo… al que no soporto, por cierto. ¿Y qué hacías tú espiándome?
–¿Espiándote? Había bajado para decirte que Ben llegaba antes de lo previsto y, de repente, te vi besando a ese Richard. Y tú ibas medio desnuda.
–¿Medio desnuda?
–Bueno, llevabas este mismo camisón –contestó él, con voz ronca.
–¿Qué?
La intensidad de su mirada la hizo vacilar. Si volvía a tomarla en

sus brazos, no podría apartarse.

Lo amaba. Nunca había dejado de hacerlo. Era como un plato que se hubiera quedado a fuego lento durante años. El fuego había vuelto a la máxima intensidad y rezaba para que, aquella vez, los ingredientes no se estropeasen.

–¿Sabes lo guapa que eres?

–Tú tampoco estás mal –contestó Hannah, intentando disimular su turbación.

Kyle la abrazó y ella no se molestó en protestar. Le gustaba estar entre sus brazos. Le hubiera gustado estar así siempre.

–¿Firmamos una tregua?

–¿Estás diciendo que aceptas mi versión de lo que pasó hace ocho años con Paul?

–Estoy diciendo que me porté como un idiota.

–Pero sigues sin aceptar que mi cuñado no me interesaba lo más mínimo.

–¿Y eso qué importa? –preguntó él.

Era demasiado doloroso admitir que se había equivocado. Que había destrozado su relación solo por orgullo.

–¡Claro que importa! –exclamó ella–. En ese armario están las mantas. Buenas noches, Kyle.

Después de eso, entró en su habitación y cerró de un portazo.

Él miró el armario, con expresión sombría.

Y Hannah, en su habitación, se mordía los labios. Era increíble que Kyle siguiera teniendo dudas.

A las seis de la mañana, después de una noche en blanco, lo oyó salir del apartamento.

Tendría suerte si volvía a besarla después de lo que había pasado.

Cuando Hannah salía del apartamento, se encontró con Kyle, Ben y sus abuelos esperando un taxi.

El niño salió corriendo hacia ella con un papel en la mano.

–¿Qué es esto?

–Es una carta dándote las gracias por el helicóptero –contestó Ben–. Mi papá me dijo que te la daría él, pero ya que estás aquí…

–Muchas gracias. ¿Te vas a casa con tus abuelos?

–Sí. Mi papá irá a verme el viernes. ¿Por qué no vas con él?

Si la situación no hubiera sido tan tensa, habría soltado una carcajada.

–Hannah tiene que trabajar, hijo –dijo Kyle entonces–. Mamá,

papá, os presento a la doctora Morgan.

–Encantada –la saludó Grace Templeton–. Y muchas gracias por avisar enseguida cuando Ben se puso enfermo. Por lo visto, fue usted quien intuyó que podía ser una alergia.

–No tienen que darme las gracias. Ben es un chico estupendo.

–Desde luego que sí –asintió su abuelo–. Solo le falta una madre.

Ella carraspeó, incómoda.

–Sí, bueno, claro… perdonen, pero tengo que irme a trabajar. Adiós, Ben, no vuelvas a dejar que te pique una avispa –se despidió.

–Qué chica tan guapa –comentó Grace–. ¿Desde cuándo la conoces?

Kyle sabía que no podía decir la verdad. Si lo hacía, el interrogatorio era inevitable.

–Hannah está en la unidad en período de entrenamiento.

En ese momento, un taxi aparecía por la esquina y él suspiró, aliviado.

Cuando el tren desapareció, con Ben diciéndole adiós por la ventanilla, Kyle se dirigió hacia la salida de la estación con gesto triste.

Le encantaba su trabajo, pero no le hacía gracia decirle adiós a su hijo. Y menos tener que enfrentarse con Hannah.

Aquella mujer seguía despertando en él una increíble ternura. Pero era como si, cada vez que daba un paso adelante, diera dos hacia atrás.

Cuando llegó a la unidad, todos los equipos habían salido.

–Una explosión en un restaurante chino cerca del puente de Hammersmith. Hay varios heridos –le explicó el operador.

–¿Cuántos?

–No están seguros. Smitty ha salido en el helicóptero y los demás, en ambulancia.

Conocer a los padres de Kyle no había sido la mejor forma de empezar el día. No porque no quisiera conocerlos o ver a Ben de nuevo. Las dos cosas le hubieran encantado… en otras condiciones.

El problema era la invitación del niño. Y, sobre todo, su padre.

¿Qué les pasaba? Parecían incapaces de estar juntos durante cinco minutos sin acabar discutiendo.

En cuanto al asunto de Paul, ¿qué podía hacer para convencerlo de que no había mantenido con él una relación clandestina? ¿Llevarlo del cuello de la camisa para que le contara que la había

besado sin su permiso?

Pero no podía hacerlo porque no tenía ni idea de dónde estaba. Lo último que sabía de él era que se había casado.

Durante la primera media hora en la unidad, todo estuvo muy tranquilo. Hasta que llegó la llamada sobre la explosión en un restaurante chino.

–Parece que alguien lanzó un artefacto incendiario –les explicó el jefe de bomberos–. Pero todavía no hay nada seguro. Pueden entrar, pero tengan cuidado. El fuego ha causado daños en las vigas.

Uno de los enfermeros los informó de que el helicóptero ya se había llevado al herido más grave.

–Pero volverá en cuanto lo dejen en el hospital. El pobre estaba casi desangrado.

Hannah y Pete entraron en el restaurante ennegrecido por el humo para atender a una señora mayor que estaba inmóvil.

–No hay constantes vitales. Debió recibir el impacto directamente.

En ese momento, escucharon un débil gemido.

–Aquí hay un hombre con heridas en la cabeza –exclamó Hannah–. Yo lo atenderé, tú atiende a ese chico.

Pete se acercó a un adolescente que tenía un corte en la cara.

–No te preocupes, chaval. Esto no es nada –intentó tranquilizarlo. Después, se volvió hacia los enfermeros–. Será mejor que os lo llevéis en la ambulancia. Nosotros esperaremos al helicóptero.

–¿Dónde lo llevamos? ¿Al hospital King? –preguntó Hannah.

–Ya veremos lo que dice Smitty cuando vuelva.

–¿Necesitáis ayuda? –escucharon entonces una voz familiar.

Kyle.

–Tenemos un hombre muy malherido –dijo Hannah, sin mirarlo.

–La policía me ha dicho que en esta zona hay un «sistema de protección» para los restaurantes chinos. Ya sabéis a qué me refiero. Y si el propietario no ha querido pagar…

–Sea cual sea la razón, estoy deseando salir de aquí –murmuró Pete.

En ese momento escucharon el ruido del helicóptero. Cuando la segunda víctima estuvo a bordo y la mujer era llevada en una ambulancia al hospital para certificar su fallecimiento, los tres se miraron, entristecidos.

–Hannah vendrá conmigo en el coche, Pete –dijo Kyle–. Tú ve en el helicóptero.

De nuevo estaban a solas. Y eso era lo último que le apetecía.

–Si te echas un poco más para allá, vas a sentarte en el pavimento –bromeó él.

–Hasta eso sería mejor que estar cerca de ti –le espetó Hannah, irritada.

–Lo siento. No sé qué pasa, pero cada vez que intento hablar contigo meto la pata. Y no quiero hacerlo, de verdad.

–¿Ah, no? No creo que te importe mucho. Que yo sepa, no intentaste buscarme después de cortar conmigo. Pero yo sí te busqué, Kyle. Incluso te busqué en el sistema hospitalario de Estados Unidos, porque era allí donde los dos queríamos ir. Pero no fuiste a Estados Unidos.

Kyle se quedó en silencio durante unos segundos.

–La razón de que me quedase en Australia fue que… cometí un error durante mis primeros meses de estancia allí. Y eso error cambió toda mi vida. Me convertí en padre a la fuerza. La madre de Ben iba a darlo en adopción y tuve que rogarle para conseguir la custodia. A partir de ahí, dejé de ser libre. Pero estoy encantado.

–¿Estabas enamorado de ella? –preguntó Hannah.

–No.

¿Se alegraba de que no hubiera amado a esa mujer? Estaba claro que había buscado refugio en ella.

–¿Y por qué has vuelto?

–Porque quería vivir en mi país.

–Pero sigues siendo tan soberbio y tan intolerante como siempre.

Estaban parados en un semáforo y Kyle la miró, enfadado.

–¿Yo intolerante y soberbio? Lo único que me importaba entonces era el trabajo y mi novia. Y una de las dos cosas me decepcionó.

–¡Por favor! No te hagas la víctima. Lo único que hice fue consolar a mi cuñado. No me di cuenta de que intentaba conquistarme porque… jamás se me habría pasado por la cabeza. Yo estaba tan triste por la muerte de Janine…

–Y no contabas conmigo para consolarte, Hannah. Me dejaste fuera.

Estupendo. Iban a aclararlo todo por fin.

–Y por eso sacaste tus propias conclusiones. Seguramente era lo que deseabas –le espetó ella–. Y cuando te fuiste, yo me quedé completamente sola. Mis padres habían muerto unos años antes, de modo que no tenía a nadie. Pero no creas que estoy buscando compasión, Kyle –añadió, enfadada–. Paul pensó que Janine y yo éramos la misma persona porque no podía soportar la idea de estar solo. Eso fue lo que pasó. Nada más. Y yo no tenía el menor interés

en él.

–¿Debo creerte?

–Solo tú puedes responder a esa pregunta –contestó Hannah.

Acababan de llegar al aparcamiento del hospital y ella abrió la puerta del coche, enfadada.

–Este fin de semana voy a ver a mi hijo. Y le he prometido que irías conmigo –dijo entonces Kyle.

–¿No se te ha ocurrido preguntarme antes?

–Si lo hubiera hecho, te habría dado la oportunidad de decir que no.

–Pero no podemos irnos todo el fin de semana los dos a la vez –protestó Hannah.

–Mañana llega un nuevo médico. Se llama Charles Conran. Así que podemos tomarnos el fin de semana tranquilamente. ¿Qué te parece?

–No lo sé. ¿A tus padres no les importará que vaya?

–Claro que no. Estarán encantados –sonrió Kyle.

Al día siguiente, descubrieron que la mujer fallecida era la esposa del propietario del restaurante. El hombre estaba en el mercado cuando tuvo lugar la explosión y no podía dejar de llorar al descubrir que su esposa había muerto.

Los demás heridos seguían en el hospital, aunque el joven del corte en la cara sería dado de alta al día siguiente.

–Podría haber sido mucho peor. Si el restaurante hubiera estado lleno de gente… –murmuró Kyle.

Cuando miró a Hannah, esta deseó no haber aceptado pasar el fin de semana con él. Su relación estaba en pañales y quizá no era el momento de jugar a «las familias».

Pero era demasiado tarde.

Ben se sentiría desilusionado si no iba. De modo que, al final del día, rezaba para no estar imaginando que Kyle la miraba con nuevos ojos.

Capítulo 6

EL JUEVES por la mañana, Kyle se dirigió a ella, sonriendo.

–¿Cómo prefieres ir, en tren o en coche?

Hannah seguía sin creer que iba a pasar el fin de semana con él. Incluso más asombrosa era aquella consideración por sus deseos. Y estuvo a punto de decirle que podría ir con él en burro mientras estuvieran juntos.

Afortunadamente, no lo hizo. Debía recordar que Kyle le había pedido que fuera con él porque le caía bien a Ben. Nada más. Por el momento, al menos.

Estaba segura de que si su hijo le pedía la luna, haría lo imposible por conseguírsela, de modo que pensar que Kyle quería reanudar su relación era un error.

–Podemos ir en tren. Aunque debo advertirte de que seguramente iré dormida todo el camino.

No era cierto, pero una vocecita le decía que se mantuviese a distancia hasta que los motivos del hombre estuvieran más claros.

Durante los últimos días habían hecho progresos. Hablaban como dos personas razonables y, por fin, las cosas parecían medianamente aclaradas. Aunque no del todo.

Aunque Kyle parecía haber reconocido que cometió un gran error ocho años antes, seguía sin decirlo en voz alta. Y Hannah necesitaba que lo hiciera.

–¿De qué estabais hablando? –le preguntó Jack más tarde, cuando subía al helicóptero.

–¿Cómo?

–¿De qué hablabas con el jefe? ¿De un viaje?

–Eres un poco cotilla, ¿no? –sonrió ella.

–Venga, cuéntamelo.

–Vamos a pasar juntos el fin de semana.

–¿Para hablar de los viejos tiempos?

–Déjame en paz, chismoso.

Iban a atender a un obrero que se había caído del andamio y el helicóptero tomó tierra exactamente en el lugar del suceso, un descampado a las afueras de Londres.

–No puedo mover el cuello –se quejaba el hombre que,

afortunadamente, llevaba puesto el casco.

–Hay que sujetarle el cuello con un collarín. Y necesitamos entablillarle las dos piernas antes de subirlo al helicóptero –dijo Hannah, después de examinarlo.

La jornada ofrecía lo mismo de siempre, personas a las que el destino había jugado una mala pasada y que ellos intentaban salvar con todos los medios a su alcance.

El joven que se cayó del andamio había sido el accidente más grave del día y Hannah tenía una mala impresión. Esperaba que no quedase parapléjico, pero estaba claro que había daño en la médula espinal.

–Smitty me ha dicho que mañana hay una cena de todo el equipo. ¿Tú vas a ir? –le preguntó Kyle.

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé. Dije que sí antes de saber lo del viaje a Gloucestershire. Supongo que querrás salir muy temprano para estar con tu hijo el mayor tiempo posible.

–¿Te importa dormir pocas horas?

–No.

–Entonces, creo que deberíamos ir. Será divertido. ¿Vas a ir con Jack?

–No pensaba ir con nadie. Además, creo que Jack va a llevar a una chica con la que está saliendo.

Kyle sonrió.

–¿Ah, sí? Qué bien.

Hannah tampoco pudo evitar una sonrisa.

–¿A qué hora sale el tren?

–A las diez. Y si te duermes, iré a despertarte.

–No creo que haga falta.

A las tres de la mañana, y a pesar de tener el ventilador encendido, Hannah no había podido pegar ojo a causa del calor.

Irritada, se levantó y fue a la cocina para beber agua.

Cuando miró por la ventana y vio las luces del parque, sintió el anhelo de estar allí, paseando al aire libre.

Inmediatamente, se puso unos vaqueros y bajó para sentarse al lado del estanque.

Allí se estaba mucho más fresco.

Pero cinco minutos después, un grupo de jóvenes se bajaba de

un taxi cerca del banco en el que estaba sentada.

–¿Vosotros veis lo que yo veo? –exclamó uno de ellos.

Hannah se levantó. No parecían peligrosos, pero a las tres de la mañana no se fiaba de nadie.

Su apartamento estaba al otro lado de la calle, pero los chicos la siguieron. Evidentemente, habían bebido y si se ponían tontos tendría que usar sus técnicas de defensa personal.

Pero no tuvo oportunidad porque Kyle salió del portal en ese momento.

–No te muevas de ahí –dijo, empujándola dentro. Después, se volvió hacia los chicos–. ¿No tenéis nada mejor que hacer? Si no os vais de aquí ahora mismo, me voy a enfadar.

–No te pongas así, tío –replicó uno de ellos–. Ya nos vamos.

Los jóvenes desaparecieron y Kyle se volvió hacia ella, furioso.

–¿Estás loca? ¿Qué hacías en la calle a estas horas?

–¿Y cómo sabías que estaba en la calle?

–Te vi por la ventana, sentada en un banco como si fueran las dos de la tarde. ¿Cómo se te ocurre, Hannah?

–Hacía calor. Y deja de gritarme –replicó ella.

–No vuelvas a hacer eso, por favor. ¿Sabes cómo me sentiría si te ocurriera algo?

–No. ¿Cómo te sentirías?

–Culpable.

–¿Por qué? ¿Tú qué tienes que ver?

Él apartó un mechón de pelo de su cara.

–Me sentiría culpable porque, si nuestras vidas hubieran tomado el rumbo que debían, ahora estarías en mi cama y no dando vueltas por el parque.

–Ah, ya veo.

–Y ahora, a la cama. No pienso marcharme hasta que hayas cerrado con cerrojo.

–Kyle…

–¿Qué?

–Gracias. No estoy acostumbrada.

–¿A qué?

–A que cuiden de mí. Pero que conste que he hecho defensa personal.

–Defensa personal, ¿eh? –rio él, dándole un azote en el trasero.

Cuando estuvo en la cama, unos minutos después, Hannah sonrió. La preocupación de Kyle la hacía sentir querida y… era una experiencia maravillosa.

Al día siguiente, se puso un vestido negro de seda con escote barco que le llegaba por encima de la rodilla. Con un collar de perlas y pendientes a juego, Hannah sabía que estaba muy elegante.

Y si tenía alguna duda, la expresión de Kyle la disipó.

–Estás preciosa.

–Tú tampoco estás mal.

Kyle llevaba traje oscuro y una bonita corbata rosa. Era muy guapo cuando se conocieron, pero los años le habían dado un aura de seriedad, de control, que lo hacía infinitamente más atractivo.

Era todo un hombre. Fuerte, inteligente, sensual… y un padre cariñoso. Era lo último que habría esperado del Kyle Templeton que conoció una vez.

–¿Estás preparada?

–Sí –contestó Hannah, cerrando la puerta.

–¿A quién se le ha ocurrido venir aquí? –preguntó él, cuando entraron en el restaurante.

Era un sitio precioso, con paredes forradas de madera, hermosos cuadros y manteles de hilo. Evidentemente, un sitio muy caro.

Eran los primeros en llegar y los primeros en sentarse a la mesa.

–No tengo ni idea. Creo que a Smitty. Y no me imagino a muchos de nuestros compañeros con traje y corbata, la verdad.

–Yo tampoco. Me los imagino más en un karaoke.

–¡No, por favor! –rio ella.

Poco a poco, todos empezaron a llegar. Y todos con traje y corbata. Incluso Jack Krasner, que siempre llevaba una chaqueta de cuero, había hecho un esfuerzo para la ocasión.

La cena era deliciosa, la conversación divertida y Hannah lo pasó muy bien. Estaba sentada al lado de Charles Conran, el nuevo médico del equipo. Era un hombre muy agradable y parecía sentirse cómodo con sus nuevos compañeros.

Hannah notó la mirada de Kyle clavada en ella durante toda la cena. ¿En qué estaría pensando?, se preguntaba.

Cuando el camarero llevó la cuenta, Kyle sacó una tarjeta de crédito y los demás lo miraron, sorprendidos.

–Esta noche invito yo. Como agradecimiento por vuestro esfuerzo en un trabajo muy duro y que exige lo mejor de cada uno –dijo, levantando su copa–. Por el equipo de urgencias más rápido de Londres.

Todos brindaron por ello, un poco emocionados. Desde luego, Kyle sabía cómo ganarse a la gente.

Cuando salieron del restaurante, el cielo era como una manta de

terciopelo negro cuajada de estrellas.

–¿Te apetece pasear un rato? Hace una noche demasiado bonita como para irse a la cama.

–Muy bien –sonrió Hannah.

Y si le hubiera pedido que se tirasen desnudos a la fuente de la plaza de Trafalgar, tampoco habría discutido.

Kyle la tomó de la mano, como si fueran una pareja de enamorados.

–¿Has pensado alguna vez en el matrimonio?

–¿Qué?

–Que si has pensado en el matrimonio.

–Frecuentemente –contestó ella–. ¿Por qué lo preguntas?

–Solo quería saberlo.

–Pero habrá alguna razón.

–A veces pienso que debería casarme para que Ben tenga una madre.

El asombro de Hannah acababa de convertirse en furia.

–¿Estás pidiendo mi opinión? ¿Proponiéndome matrimonio? ¿O simplemente charlando?

–Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Hannah. No puedo dejar que Ben viva sin el cariño de una madre.

–Ya veo –murmuró ella, intentando disimular su irritación–. Ben es un niño estupendo, pero ser madre debe ser muy difícil cuando tu marido no te quiere. Y, a menos que esté quedándome sorda, no he oído la palabra «amor» en ningún momento.

–Pero…

–¡Menuda cara tienes! ¿Qué esperas, que durmamos en habitaciones separadas? O peor, ¿piensas acostarte conmigo? ¿Crees que yo aceptaría eso?

–Espera…

En ese momento apareció un taxi y Hannah levantó la mano.

–No te molestes en llamarme mañana. No pienso ir contigo a ninguna parte. Se me han quitado las ganas.

Kyle se quedó en la acera, como una estatua. Pero cuando Hannah llegó a casa y se quitó el vestido, empezó a sonar el timbre.

Por supuesto, no abrió. Pero entonces sonó el teléfono. Tampoco contestó, pero siguió sonando hasta que no pudo soportarlo más.

–¿Qué quieres?

–Tú has dicho lo que tenías que decir, pero ahora me toca a mí. No sobre nosotros, sino sobre el fin de semana. Sé que estás enfadada conmigo, pero también sé que no se lo harías pagar a mi hijo. Así que iré a buscarte a las nueve.

–¿Y si no quiero ir?

–Te llevaré a cuestas si hace falta –contestó Kyle, tan tranquilo.

–¡No te atreverás!

–¿Que no? Ya lo veremos.

Y después de decir eso colgó, dejándola boquiabierta.

Kyle se tumbó en la cama, maldiciendo en voz baja. Entendía que Hannah estuviera enfadada. A ninguna mujer le hace gracia recibir una propuesta de matrimonio solo para llenar la vida de un niño solitario.

Pero él no había querido que sonase así. Sencillamente, cuando estaba con ella no podía hilar diez palabras sin que le salieran como un insulto.

Necesitaba que fuera a Cotswold el fin de semana para arreglar el desaguisado, si eso era posible. Pero si Hannah le decía que no…

Él era un hombre decidido, que sabía bien lo que quería, pero le había pedido que se convirtiera en la madre de Ben, no en su esposa.

Menudo idiota estaba hecho.

Cuando le preguntó si había pensado en el matrimonio, Hannah le contestó que sí. Pero quizá soñaba con otro hombre. Quizá, en aquellos ocho años, había tenido otro amor.

¿Dónde estaba la confianza en sí mismo?, se preguntó. Últimamente, estaba hecho un lío.

Cuando Hannah abrió la puerta por la mañana, con un traje de lino azul claro y una bolsa de viaje al hombro, Kyle tuvo que contener un suspiro de alivio.

Aunque su expresión no era exactamente alegre. Y cuando subieron al tren, seguía igual de seria.

–Voy a desayunar en la cafetería. ¿Quieres que te traiga algo?

Por su gesto, Kyle descubrió que no quería nada de él… excepto respeto y confianza. Y algo que quizá no estaba preparado para darle: amor.

–Un té –contestó ella, sin mirarlo.

Mientras Kyle se alejaba, Hannah se preguntó si no estaría cometiendo un terrible error al ir con él. Si pensaba que iba a ablandarse al ver a su hijo, estaba equivocado.

Además, ¿qué pensarían sus padres si les dijera que iba a casarse, así, de repente?

Por fin, después de un montón de estaciones, el tren se detuvo en Cotswold.

Howard Templeton los esperaba en el andén, con Ben de la mano. Y al ver la sonriente carita del niño, Hannah pensó que era lógico que Kyle quisiera lo mejor para él.

Pero no a su costa, desde luego.

¿Qué le pasaba a aquel hombre? ¿Por qué no podía organizar su vida tan bien como organizaba la unidad de urgencias?

Cuando Ben saltó sobre su padre, sonriéndole por encima de su hombro, Hannah tuvo que devolverle la sonrisa. En el fondo, se alegraba de estar allí.

–Mi abuela va a hacerme un traje de médico como el que lleváis papá y tú.

–¿Ah, sí?

Cuando miró a Kyle, él estaba sonriendo. Y si no fuera porque sabía que la estaba «midiendo» para el puesto de futura madre, le habría devuelto la sonrisa.

El hogar de los Templeton, una casa de piedra con tejado de pizarra situada al lado de un riachuelo, era como un pequeño paraíso. Para Hannah, acostumbrada a los apartamentos de Londres, era como una casa de cuento de hadas.

–¿Qué te parece? –le preguntó Kyle.

–Una maravilla.

–¿Te gustaría vivir en una casa así?

–Pues… –empezó a decir ella, insegura.

¿Por qué le preguntaba eso? ¿Qué era, una especie de anzuelo para que el papel de esposa le pareciese más atractivo?

–¿Te gustaría o no?

–Es muy bonita, pero a mí me gusta vivir en Londres.

Kyle se puso serio. Había entendido.

En ese momento, Grace Templeton salía de la cocina, secándose las manos con un paño.

–Me alegro mucho de que hayas venido.

–Yo también me alegro. Tiene una casa de cuento.

–Gracias, Hannah. Kyle, enséñale su habitación.

Cuando subían al segundo piso, él le dijo en voz baja:

–Mi madre cree que acabamos de conocernos.

–¿Y por qué cree eso?

–Porque sabe que, hace mucho tiempo, tuve una mala experiencia que afectó mi forma de ver al género femenino y prefiero que no sepa que fue contigo.

–¡Qué amable por tu parte proteger mi reputación! –replicó

Hannah, irónica.

Si Kyle iba a replicar no pudo hacerlo porque Ben subió corriendo tras ellos para decir que la comida estaría lista en diez minutos.

Desde la habitación de Hannah podía verse el riachuelo, rodeado de inmensos campos de maíz. Con aquel paisaje, la imagen de Londres quedaba muy atrás.

–¿Te gusta trabajar en la unidad de urgencias? –le preguntó Grace cuando bajó a la cocina.

–A veces es terrible, pero la rapidez del servicio salva muchas vidas, de modo que sí, me gusta.

–Y cuando termine el curso de entrenamiento, ¿qué harás?

Buena pregunta, pensó Hannah. Se preguntaba qué diría si le contase que, hasta unas semanas antes, lo tenía todo planeado. Pero después de encontrarse con su hijo, las cosas habían cambiado.

–Aún no lo sé.

–Kyle me ha dicho que os conocéis desde hace poco.

–Bueno, la verdad es que nos conocimos hace mucho tiempo. Pero volvimos a encontrarnos hace unas semanas.

La madre de Kyle se volvió, interrogante.

–¿Fuiste tú quien le rompió el corazón?

Hannah suspiró. La verdad no era tan sencilla.

–No intencionadamente, se lo aseguro. Yo tenía una hermana gemela que murió en un accidente y su marido estaba desconsolado. Paul siempre había sido un poco neurótico y yo intenté ayudarlo, pero al final esa ayuda se convirtió en un problema –empezó a explicar, dejándose caer sobre una silla–. Un día, Kyle me encontró en los brazos de mi cuñado, pero no fue culpa mía. Yo pensé que iba a darme un beso en la mejilla, pero…

–Qué horror.

–Intenté explicárselo a Kyle, pero no quiso creerme y se marchó sin decir una palabra. No volví a verlo hasta hace unas semanas, cuando vino a hacerse cargo de la unidad de urgencias.

Grace estaba atónita.

–Sé que le dolió mucho, pero Kyle siempre ha sido muy reservado para sus cosas… ¿Qué te parece que críe a Ben solo?

–A mí me parece digno de admiración. Pocos hombres lo harían.

–Es verdad. Y estoy orgullosa de mi hijo, Hannah. Pero a veces es tan testarudo…

–Lo sé –sonrió ella.

–Tiene que haber una razón para que ninguno de los dos esté casado –suspiró la mujer entonces–. Pero, en fin… ya veremos. Por

supuesto, no le diré nada sobre nuestra pequeña charla.

Hannah se preguntó qué diría si supiera que Kyle le había pedido que se casara con él. Pero eso era algo que no pensaba contarle y esperaba que su hijo tampoco lo hiciera.

–Has estado charlando mucho rato con mi madre –dijo Kyle después de comer.

–¿Ah, sí?

–¿Vas a contarme de qué habéis hablado?

–No.

–Entonces, ¿sigues enfadada?

–Más que antes.

–¿Por qué?

–¿Por qué le has dicho a tu madre que acabábamos de conocernos?

–Ya te lo dije. Si le hubiera contado la verdad, mi madre no habría dejado de hacerme preguntas.

–Pues lo siento por ti. Como yo no tengo nada que esconder, le he contado la verdad.

Kyle hizo una mueca.

–¿Qué le has dicho?

–Que yo no te rompí el corazón. Te lo rompiste tú solo.

–Ya veo –murmuró él.

Hannah pensó entonces que no estaba siendo justa. Kyle la había dejado sin dar una explicación, pero tampoco debió ser fácil para él tener que soportar la presencia de Paul durante meses y meses.

–Te portaste muy bien tras la muerte de mi hermana y yo debería haberte pedido consuelo, pero…

En ese momento, Ben empezó a tirar de su manga.

–He perdido la pelota, Hannah.

–Pues vamos a buscarla –sonrió ella, dejando la conversación en suspenso.

Afortunadamente.

Capítulo 7

CUANDO Ben estuvo en la cama, Hannah y Kyle se sentaron en el porche con sus padres. Mientras Howard le contaba a su hijo los últimos acontecimientos que tenían lugar en el pueblo, Hannah hablaba con Grace sobre la muerte de sus padres y su hermana.

–La vida ha sido dura contigo, ¿verdad? Perder a la familia tan joven debe de ser algo difícil de soportar.

–Desde luego.

Hannah se percató de que Kyle estaba escuchando, aunque aparentaba charlar con su padre.

–Tienes que venir otro fin de semana. Ben está loco por ti y mi marido no ha estado tan alegre en mucho tiempo. Le gusta tener cerca a una chica guapa –bromeó Grace.

–No sé qué le parecerá a Kyle –sonrió ella.

–Dale tiempo. Seguro que no te ha traído aquí solo por Ben.

–¿Alguien quiere tomar algo? –preguntó Kyle entonces.

–Tu madre y yo nos vamos a dormir. Ya no somos jóvenes y tenemos que acostarnos temprano para recuperar fuerzas –rio Howard–. Ese hijo tuyo es un torbellino.

La expresión de Kyle se volvió sombría. Seguramente, pensaba que Ben era una carga para sus padres. Quizá por eso le había pedido que se casara con él.

A las diez, estaban solos en el porche. Y eso la ponía muy nerviosa.

–Bueno, yo también me voy a la cama –dijo Hannah, levantándose.

–¿Por qué tienes tanta prisa?

–No tengo prisa. Es que estoy un poco cansada.

Él se puso de pie. Estaban tan cerca que Hannah tuvo que hacer un esfuerzo para controlar los latidos de su corazón. Era un hombre alto, fuerte, atractivo. Y allí, en medio de la oscuridad, con el silencio roto por el canto de los grillos…

Kyle tomó su cara entre las manos y ella no protestó. La luna llena los miraba, benigna, mientras unían sus bocas. Se apretaban el uno contra el otro con desesperación, como si solo así pudieran decirse lo que eran incapaces de poner en palabras.

Y lo único que los impedía rodar por la hierba era que sus padres estaban en una habitación que daba al jardín.

Mejor, pensó Hannah. Había ido a Cotswold en contra de su voluntad, para no desilusionar a Ben. Kyle había usado al niño como cebo en una absurda petición de matrimonio y las cosas seguían igual. O peor.

Cuando le comentó que le gustaría leerle un cuento, Kyle sonrió, irónico.

–¿Para qué quieres que Ben se encariñe contigo? No quiero que mi hijo sufra cuando te vayas, Hannah.

–¿Cuando me vaya?

–No estarás en la unidad para siempre. Y has dejado claro que no quieres saber nada de mí.

–¿Porque me niego a aceptar una petición de matrimonio que parece un contrato? Eres el hombre más insensible de la tierra, Kyle Templeton.

Pero allí estaba, apretada contra su pecho, con las piernas temblorosas. Sabiendo que no había futuro para ellos.

–¿Puedo irme a la cama ya?

–Todo sigue igual, Hannah. No me digas que no. Cuando te beso, sigue siendo igual que antes.

Ella, que se había puesto colorada, agradeció que la oscuridad no la delatase. Era cierto, cada vez que se tocaban era como si no hubiera pasado el tiempo.

–Si tú lo dices…

Después de eso, entró en la casa sin mirar atrás.

Hannah bajó al día siguiente a la cocina y se encontró a Grace preparando el desayuno y a Howard leyendo el periódico. Kyle estaba jugando con Ben y la escena le pareció tan doméstica que se sintió como una intrusa.

–Buenos días –la saludó él.

–Vamos a llevarte a comer –dijo Ben, con la boca llena de cereales.

Ella intentó sonreír.

–Me parece muy bien.

–Había pensado enseñarte el pueblo y dejar que mis padres descansen un poco.

–Buena idea. Creo que Cotswold es precioso.

–Desde luego que sí –intervino Grace–. Merece la pena ir de paseo.

–Ben y yo seremos tus guías –sonrió Kyle–. Pero antes, a desayunar.

La alameda de Cotswold era una maravilla. No solo por la arboleda y el paseo de carruajes, sino por las terrazas en las que los vecinos y turistas tomaban refrescos, disfrutando del benigno clima.

–¿Qué estilo te gusta más, el de las casas del pueblo o la de mis padres? Aquí tienen patios de piedra en lugar de jardín y los tejados no son de pizarra.

Hannah lo miró, recelosa.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Por saberlo.

–Ya sabes que yo nunca he vivido en una casa. No tengo raíces.

–¿Y la culpa es mía?

–En parte. Pero ya hemos hablado de eso, Kyle.

–Sí, es verdad. Pero no está todo claro –asintió él.

–Podemos seguir hablando en el tren –murmuró Hannah, incómoda.

Estaba enamorada de aquel hombre, pero tenía miedo de aceptar su proposición. No sabía cuáles eran sus sentimientos por ella.

–¿Quieres que comamos en el hotel Queens? Es muy elegante –propuso Kyle entonces.

–Sí y no.

–¿Cómo?

–A mí me encantaría, pero no creo que un hotel sea el mejor sitio para Ben. ¿Por qué no dejamos que él decida?

–¡Oh, no! Si decide mi hijo iremos a comer hamburguesas…

–¡Hamburguesas! –gritó Ben entonces, atento a la conversación.

–Te lo dije –suspiró Kyle.

Acababan de llegar a la casa de los Templeton cuando sonó el timbre.

–Es una visita… para Hannah –dijo Howard, con expresión de sorpresa.

–¿Para mí?

–¿Por qué no vas a ver quién es? –sugirió Kyle, frunciendo el ceño.

–Sí, claro.

Pero no podía ser. Ella no conocía a nadie en Cotswold.

Cuando vio al hombre que la esperaba en la puerta, se quedó inmóvil.

–¡Hannah! –exclamó Paul, abrazándola–. Te vi en el pueblo, pero no podía creer que fueras tú de verdad, así que te seguí. ¿Cómo estás?

Antes de que pudiera contestar, Hannah escuchó pasos tras ella. Era Kyle.

Su cuñado dio un paso atrás.

–Ah, veo que al final te casaste con él.

–Me temo que no. Estoy de visita.

–Hola, Paul –lo saludó Kyle.

–Hola.

–¿Vives por aquí?

–Sí, en Charlton Kings. Tengo dos hijas, Hannah.

–Me alegro por ti –murmuró ella.

Y tuvo que contenerse para no decirle que también ella podría tener familia si no hubiera sido por él.

Grace apareció en ese momento.

–¿Tu amigo quiere quedarse a cenar?

–No puedo, gracias –sonrió Paul. Hannah dejó escapar un suspiro de alivio–. Pero podríamos vernos mañana.

–Mañana estaré de vuelta en Londres, lo siento.

–¿No puedes quedarte un día más?

–No puedo. Tengo trabajo y, además… no creo que tú y yo tengamos mucho que contarnos.

Paul se quedó cortado, pero entendió el mensaje y se despidió a toda prisa.

–Tú sabías que vivía por aquí, ¿no? –preguntó Kyle, cuando Hannah cerró la puerta.

–No tenía ni idea. Y si hubiera querido verlo, no habría esperado a estar en tu casa. ¿No te parece?

–Seguro que intenta volver a verte –murmuró él, con expresión dolida.

–No sé cómo. No le he dado mi dirección.

Grace había puesto la mesa y cenaron sin volver a mencionar el asunto. A las diez estaban en la estación y Ben los despedía diciendo adiós con la manita.

–Me alegro de que se quede tan contento, pero ya oíste lo que mi padre dijo ayer. Que ya estaban mayores y…

–No te preocupes por eso –sonrió ella–. Pero yo que tú, empezaría a buscar casa inmediatamente. Es importante que Ben viva contigo, Kyle.

–Lo sé. Bueno, dime, ¿lo has pasado bien?

–Muy bien.

–Ya, claro y, además, te has encontrado con Paul…

–No seas idiota –lo interrumpió Hannah, irritada–. Yo no tengo ningún interés en Paul. No lo he tenido nunca.

Kyle decidió que era el momento de aclarar las cosas. O de intentar arreglarlas.

–Cuando te pedí que te casaras conmigo… no dije lo que sentía.

–¿A qué te refieres?

Debería decírselo. Debería decirle que la quería, que deseaba casarse con ella y no tenía nada que ver con Ben. Pero no se atrevía a hacerlo.

–¿Por qué no olvidamos el pasado y empezamos de nuevo?

Hannah dejó escapar un suspiro.

–No te entiendo, Kyle. Nunca te he entendido, pero hay una cosa que sí entiendo…

–¿Qué?

–Que me complicas la vida. Mucho. Y ahora, si no te importa, voy a leer una revista.

Durante el resto del viaje fue mirando a Kyle por el rabillo del ojo. Cuando llegaron a Londres, hubiera dado cualquier cosa porque cada uno viviera en una punta de la ciudad. Pero no debería haberse preocupado.

–Voy a pasarme por la unidad para ver qué ha habido este fin de semana. Buenas noches, Hannah.

–Buenas noches –se despidió ella, antes de tomar un taxi.

El lunes por la mañana fue un caos. Jack Krasner estaba de vacaciones y el nuevo piloto necesitaba un par de días para acostumbrarse al ritmo de la unidad de urgencias.

La primera alarma sonó a las ocho en punto. Era un accidente ferroviario a las afueras de la ciudad y Kyle sugirió que Pete y Hannah fueran en el helicóptero, mientras otro equipo médico de apoyo los seguía en ambulancia.

El nuevo piloto era un hombre muy serio y Hannah echaba de menos a Jack, que tenía un extraordinario sentido del humor incluso en las peores circunstancias.

Cuando llegaron a la escena del accidente, se quedaron atónitos. Era una colisión entre dos trenes, uno de pasajeros y el otro de mercancías. Había policía y bomberos por todas partes, atendiendo a los heridos.

–Uf, esto me huele fatal –murmuró Pete.

En cuanto el helicóptero aterrizó ambos salieron corriendo, maletín en mano.

–Ah, ya están aquí –exclamó un policía, aliviado–. Hay varios pasajeros atrapados entre los hierros de ese vagón.

–¿Y en los demás?

–No queda nadie. Hemos sacado a uno de los conductores… muerto. El del tren de mercancías pudo saltar antes de la colisión.

–¿Podemos entrar?

–Sí, pero tengan cuidado. Hay combustible por todas partes. Los bomberos están echando agua, pero no se fíen.

–Mientras nadie encienda una cerilla… –murmuró Hannah.

Dentro del vagón apenas se veía nada. Afortunadamente, llevaban una linterna en el maletín.

Pete atendió a una mujer que tenía las piernas atrapadas y Hannah vio el brazo de un niño bajo un montón de asientos rotos.

Cuando intentaba frenéticamente apartarlos para comprobar si seguía vivo, sus ojos se llenaron de lágrimas, imaginando que podría ser Ben.

–Yo me encargo de esto –escuchó una voz a su lado–. Ve a ver si hay más heridos.

Era Kyle.

Hannah obedeció, intentando concentrarse entre los gritos de los heridos y los de los policías y bomberos.

A unos metros del niño había un hombre de unos cincuenta años. Tenía una herida contusa en el pecho y las dos piernas rotas.

–¡El niño está vivo! –oyó gritar a Kyle–. Necesito una camilla urgentemente.

–¡Dos! –gritó Hannah–. Este hombre tiene que ir al hospital lo antes posible.

En ese momento, el jefe de bomberos entró en el vagón.

–Tengan cuidado. Esto está lleno de combustible y es altamente inflamable.

–No podemos movernos de aquí hasta que saquemos a los heridos –replicó Pete.

–¿Cuántos hay?

–Tres.

Quince minutos después, todos salían del destrozado vagón. El niño, a quien los asientos habían salvado la vida, fue llevado en ambulancia al hospital. Al hombre de la herida en el pecho lo trasladaron en helicóptero y Hannah estaba con la tercera víctima, la mujer cuyas piernas habían quedado atrapadas por los hierros.

Afortunadamente no había fracturas, aunque sí muchas laceraciones y cortes.

Empezaba a relajarse cuando una chica que estaba tumbada en la hierba empezó a gritar:

–¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre?

Hannah y Kyle se miraron. Si la mujer no estaba fuera del tren, tenía que estar dentro en alguna parte.

–¿Dónde iban sentadas, señorita? –le preguntó el jefe de bomberos.

–En el primer vagón. Mi madre había ido al lavabo cuando chocamos.

Uno de los bomberos entró para buscar a la desaparecida y, unos segundos después, volvió a salir.

–¡Está aquí! Que venga un médico.

Hannah dio un paso adelante, pero Kyle la detuvo.

–Yo iré. Es demasiado peligroso.

–Pero…

–Soy el jefe, ¿recuerdas?

Un segundo después, desaparecía dentro de los restos del vagón. De repente, alguien empezó a gritar:

–¡Fuego! ¡Hay fuego en el tren!

Hannah se quedó inmóvil, muerta de miedo. Efectivamente, había llamas saliendo por las ventanillas del vagón.

Si Kyle salía de aquella, se casaría con él fueran cuales fueran los términos, pensó, desesperada.

Los bomberos dirigieron las mangueras inmediatamente hacia allí y unos segundos después, el fuego había sido extinguido. Kyle salió del vagón sujetando a una mujer que parecía conmocionada y Hannah se lanzó sobre él, con lágrimas en los ojos.

–No estarás llorando por mí, ¿verdad?

–Pues claro que sí, idiota. Pensé que no ibas a salir.

–Pero si no ha sido nada…

La mujer solo tenía algunos cortes sin importancia. Estar en el lavabo le había salvado la vida.

–Hice una promesa cuando estabas dentro del vagón –dijo Hannah entonces.

–¿Cuál?

–Que si volvías a pedirme que me casara contigo, aceptaría. Fueran cuales fueran los términos. No querrás que Ben se quede huérfano, ¿no?

Kyle la miró, atónito.

–¿Quieres repetir eso?

–Ya me has oído –replicó ella, irritada.

–Gracias por ofrecerte en sacrificio, pero igual que a ti no te gustó mi propuesta, tampoco a mí me vuelve loco la tuya.

Era el momento de decirle que si hubiera muerto, ella habría querido morirse también. Que lo amaba desesperadamente…

Pero no lo dijo.

Estaba claro que Kyle dudaba de su sinceridad.

–Mira, vamos a olvidarnos del asunto. Está claro que tú y yo jamás podremos entendernos.

Kyle siguió asombrado durante todo el día. Hannah se había ofrecido a casarse con él, fueran cuales fueran las circunstancias, y aunque debería estar encantado, no lo estaba en absoluto.

Ninguno de los dos había hablado de amor.

¿Por qué?

Sentían pasión el uno por el otro, pero ¿y lo más importante en un matrimonio? El amor, la confianza, la sinceridad…

No sabía cómo hablarle de sus sentimientos y, por el momento, sería mejor no volver a intentarlo.

«Tú y yo jamás podremos entendernos», había dicho Hannah.

Y quizá era cierto.

Por la tarde, recibieron el informe del hospital sobre los heridos en el accidente: el niño y la mujer solo tenían heridas de menor importancia, pero el hombre de la herida en el pecho estaba en la UCI.

Era increíble que solo hubiera habido un muerto en tan terrible accidente, pero eso no sería un consuelo para su familia.

Kyle y ella no habían vuelto a dirigirse la palabra, por supuesto. Y no sabía si volvería a hablarle. Después de decirle que se casaría con él fuera como fuera, Kyle la rechazaba… Increíble.

Cuando Hannah estaba a punto de marcharse, encontró una nota en su escritorio que acabó de arruinarle el día.

La nota decía lo siguiente:

La señora Templeton me ha dado la dirección de tu trabajo. Tengo que verte, Hannah. Estaré en Londres mañana.

Te quiero, Paul.

Ella se quedó boquiabierta.

«¿Te quiero?» ¿Cómo se atrevía a decirle eso?

Si Kyle la veía con Paul cualquier esperanza de volver con él estaría rota para siempre. Pero daba igual. No tenía ninguna esperanza.

Aquella noche, Hannah soñó con Kyle atrapado entre las llamas y… con Paul persiguiéndola.

Por la mañana, llegó a la unidad con los ojos hinchados.

La idea de que Paul podía entrar en cualquier momento la tenía de los nervios. Le hubiera gustado saber qué quería de ella. Estaba claro que quería algo.

Hannah decidió llamar a recepción para asegurarse de que no recibía visitas inesperadas.

–Si alguien pregunta por mí, no le digas que suba. Llámame, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –contestó la recepcionista.

Pero si Paul llegaba cuando ella estuviera atendiendo en algún accidente…

–Hay un tipo en el pasillo que pregunta por ti –le dijo Pete a media mañana.

Pero si había hablado con recepción, pensó Hannah, irritada.

Efectivamente, Paul estaba en el pasillo.

Y si Kyle la veía con él pensaría que habían hablado por la noche… o algo peor. En la mente de Kyle Templeton siempre había algo peor en todo lo que se refería a su cuñado.

Hannah se dirigió hacia él, apretando los puños. Iba a tener que decirle un par de cosas.

Capítulo 8

HANNAH! –gritó Paul al verla.

Pero cuando intentó abrazarla, ella lo detuvo.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a verte.

–Ya. Mira, vamos a la cafetería. Tengo que hablar contigo.

–Muy bien.

–No puedo quedarme mucho tiempo. Estoy de servicio –le advirtió Hannah.

–Espero que tengas cinco minutos para mí –sonrió su ex cuñado.

–Cuando estoy de servicio, solo tengo tiempo para los pacientes –replicó ella, intentando disimular su irritación. Unos minutos después, estaban sentados en la cafetería–. Bueno, dime qué quieres. No creo que me hayas buscado solo para saludarme.

–Estoy enfermo, Hannah. Y tú eres médico. Debe ser el destino lo que ha hecho que nos encontrásemos.

–Yo soy médico de urgencias, no de medicina general. Estoy segura de que tu mujer preferiría que visitaras al médico de cabecera y no a mí.

Paul hizo una mueca.

–Christie nunca ha estado enferma y no siente ninguna simpatía por los que lo están. Tengo Parkinson, Hannah.

–Ya veo. ¿Y estás tratándote?

–Sí, pero me gustaría que tú me examinaras para comprobar que el tratamiento funciona.

Ella tuvo que contener la risa. Menuda cara tenía aquel hombre.

–Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti. Yo no sé nada del Parkinson, Paul.

Pero él no parecía estar escuchando. Y cuando escuchó la fría voz de Kyle, Hannah entendió por qué.

–¿Ha olvidado que está de servicio, doctora Morgan?

–Me he tomado cinco minutos…

–Hola, Kyle –lo saludó su cuñado–. No sabía que trabajabas con Hannah.

Ella levantó los ojos al cielo. Las cosas empezaban a ponerse feas.

–Pues eso parece.

–Mira, Paul, tengo que irme. Y espero que te vaya bien, de verdad.

–¿De qué hablabais? –preguntó Kyle, mientras subían juntos en el ascensor.

–No es asunto tuyo.

–¿Te llamó anoche?

–No.

–¿Y cómo te ha encontrado?

Hannah dejó escapar un suspiro.

–Tu madre le dio la dirección del hospital.

–¿Por qué no le has dicho que no querías hablar con él?

–Porque habría insistido hasta que lo viera. ¿Y por qué has bajado a buscarme? ¿Me necesitas o solo querías demostrar que eres el jefe?

–Te recuerdo que tu sitio está aquí, no en la cafetería.

–Solo has bajado porque era Paul…

Kyle la fulminó con la mirada.

–Ese hombre destrozó nuestras vidas hace ocho años. No me parece tan raro que haya querido ver qué hacías con él.

Poco después, llegaban a la unidad y la conversación se vio interrumpida.

Hannah no le había dicho por qué había querido verla su ex cuñado. Según ella, no se habían visto por la noche, pero…

Llegó el otoño y los médicos de la unidad de urgencias seguían haciendo su trabajo. Y si Hannah y el jefe del equipo mantenían las distancias, nadie parecía darse cuenta.

Pero ambos estaban desesperados.

Muy pronto, ella terminaría su curso de entrenamiento y buscaría plaza en un hospital, pensaba Kyle. Hannah le había dicho que se casaría fueran cuales fueran los términos de la propuesta y él se había hecho el duro.

¿Sería idiota?

Y Hannah, por su parte, tenía que hacer un esfuerzo para ir a trabajar todos los días. Desde que Paul apareció en escena, Kyle parecía continuamente enfadado. Pero no pensaba darle explicaciones. Tenía que creerla, sencillamente. Tenía que demostrarle su confianza.

Obviamente, no había ninguna mujer en su vida y tampoco había un hombre en la de ella… Entonces, ¿a qué esperaban?

La idea de que no salía con nadie se hundió una noche, cuando salieron del hospital y una chica morena de largas piernas estaba esperándolo en la puerta.

Cuando Hannah vio que lo tomaba del brazo, se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Quién es la morenaza? –preguntó Jack.

–No tengo ni idea –contestó ella, sin mirarlo.

Aquella noche no pudo dormir. Y cuando se encontró con Kyle por la mañana, lo miró a los ojos para ver si averiguaba dónde… y con quién se había acostado.

–¿Qué pasa, Hannah? ¿Tengo monos en la cara?

–Pensé que llegarías un poco tarde esta mañana.

–¿Y eso?

–Como ayer te vi salir con una chica…

–Ah, ya. Y te gustaría saber quién es.

–No tengo interés alguno –mintió ella.

–En ese caso, no te lo diré –sonrió Kyle, entrando en su despacho.

Hannah tuvo que contenerse para no darle un puñetazo.

Un accidente de tráfico fue la primera emergencia del día… y la única forma de olvidarse de su obtuso jefe.

El conductor de un camión, distraído mientras hablaba por el móvil, se había llevado por delante a un motorista. El camionero solo estaba conmocionado, pero al chico de la moto le salía sangre de la nariz y tenía los ojos muy hinchados.

–Hay que trasladarlo en el helicóptero ahora mismo.

Una vez en el hospital, llamó a Kyle para informarle sobre la situación.

–¿Me necesitas para algo?

Era una pregunta irónica. El día que la necesitase como mujer y no como médico o madre adoptiva, habría fuegos artificiales.

–¿Por qué no cenamos juntos?

Hannah se quedó atónita.

–Pues… no sé. De acuerdo.

–¿Cuándo?

«¿Cuándo?». ¿Qué pensaba, salir con ella cuando la morenaza no estuviera disponible?

–No sé. Cuando tenga un día libre.

En ese momento, salía el médico de la UCI y Hannah tuvo que colgar.

–El chico está muy grave. Tiene una lesión en la columna vertebral.

Hannah asintió. Ya lo sabía.

–¿Van a operarlo?

–En diez minutos. Estamos preparando el quirófano.

Cada día lo mismo. Cada día, en alguna parte de Londres, alguien estaba a punto de perder la vida por un absurdo accidente de tráfico.

Kyle colgó el teléfono, enfadado consigo mismo. ¿Por qué le había pedido que cenara con él?

Evidentemente, a Hannah no le había hecho demasiado ilusión.

Pero estaba harto de no poder estar con ella. Y cada noche tenía que contenerse para no bajar a su apartamento.

Sabía que estaba buscando plaza en un hospital y que le resultaría difícil encontrarla en Londres. Y eso significaba que no volverían a verse.

¿Podría él soportar una nueva separación? ¿Por qué no había aceptado cuando le dijo que se casaría con él?

Si no aprovechaba aquella cena, sería un idiota redomado.

–¿Te gustaría ir al teatro?

–No estaría mal –contestó Hannah–. Podríamos ir a ver La ratonera. ¿Sabes que lleva cuarenta años en cartel?

Kyle sonrió y, por un momento, ella abrigó esperanzas de que pudieran olvidar sus diferencias.

–De acuerdo. ¿Te parece bien el domingo?

–Muy bien.

–Ben vendrá a pasar el fin de semana conmigo.

–Ah, estupendo. Me gustaría verlo un rato.

–¿Te gustaría venir a buscar casa con nosotros?

–Me encantaría –sonrió Hannah.

–Vale. El sábado por la tarde, entonces.

Los compañeros llevaban días preguntándole dónde pensaba ir cuando terminase el curso de entrenamiento, pero Hannah seguía sin tener plaza en un hospital.

Jack Krasner, que había dejado a su penúltima conquista, seguía insistiendo en que cenaran juntos, con su habitual buen humor.

–Pensé que el jefe y tú estabais saliendo, pero tengo la impresión de que eso se ha terminado –le dijo una tarde, mientras tomaban

café.

Eso parecía, desde luego.

Pero aún tenía una oportunidad. La cena del domingo. Y el sábado, cuando fueran a ver casas.

–He conseguido entradas para La ratonera –le dijo Kyle al día siguiente.

–Estupendo –sonrió Hannah.

Estaban en el pasillo y cuando se miraron a los ojos, la atracción que sentían el uno por el otro se encendió como una llama. Sin pensar que alguien podría verlos, Kyle la tomó en sus brazos. Y ella le devolvió el beso con todo su corazón.

Unos segundos después tuvieron que apartarse al oír pasos. Pero seguían mirándose a los ojos.

–Tenemos una llamada, Hannah –le informó Jack–. Hay un herido de bala en Mayfair.

–Nos veremos después –dijo Kyle, entrando en su despacho.

–Estás muy colorada –sonrió el piloto–. ¿Qué estabais haciendo en el pasillo, tan juntitos?

–No seas bobo.

–Ya, ya. O sea, que has vuelto con el jefe.

–No he vuelto con nadie.

–Sí, claro. Pues Kyle no deja de mirarte.

–Porque no confía en mí.

Lo había dicho de broma, pero era cierto. Que la hubiese invitado a cenar no significaba nada. Kyle Templeton no confiaba en ella y nunca lo haría.

Pero no había tiempo para seguir hablando. Jack aterrizó en medio de un cordón policial y Hannah salió del helicóptero a toda prisa.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó, al ver a los policías resguardándose tras los coches patrulla.

–Hay un tiroteo.

–Pero nos habían dicho que necesitaban al servicio de urgencias…

–Hay un hombre herido en la calzada, ¿lo ve? Ahí, entre dos coches. Y dentro del banco hay un hombre armado con una pistola. Tiene varios rehenes –le explicó el jefe de policía.

–¿Podemos atender al herido?

–Se pondrían en la línea de fuego, doctora.

–No creo que vaya a dispararnos –replicó ella, corriendo hacia el

herido. Su enfermero la siguió sin protestar.

El hombre que estaba tirado en el suelo había recibido un disparo en el brazo y sangraba mucho.

–Es una herida limpia, así que ha tenido suerte. En el hospital lo dejarán como nuevo –sonrió Hannah, mientras cortaba la hemorragia.

Entonces, alguien gritó desde el banco:

–¡Aquí hay una mujer que necesita atención médica! Díganle a la rubita que venga.

Hannah levantó la cabeza, atónita.

–John, lleva al paciente al hospital en una ambulancia. Parece que me necesitan ahí dentro y no sé lo que me voy a encontrar… así que el helicóptero se queda.

–¡No puede entrar en el banco! –gritó el jefe de policía.

–Hay una mujer herida…

–¡No puede entrar, doctora!

En ese momento, el atracador asomó la cabeza.

–Tiene un ataque de asma. ¡Que venga un médico inmediatamente!

Hannah no esperó a que el jefe de policía le diera permiso y se acercó a la puerta del banco.

–Ya estoy aquí.

Alguien la metió dentro de un empellón. Era un joven, pistola en mano.

–Atienda a esa mujer. No puede respirar.

Parecía nervioso, pero Hannah intentó conservar la calma. A ella no iba a matarla. ¿Para qué? Acababa de pedir su ayuda.

La mujer estaba sufriendo un fuerte ataque de asma y tenía los labios morados.

–Necesita un broncodilatador ahora mismo. Y si eso no es suficiente, habrá que trasladarla a un hospital.

–No puedo llevársela de aquí –murmuró el atracador, nervioso.

–¿Quiere tener otra muerte sobre su conciencia? –preguntó ella, mientras preparaba la inyección.

–¿El hombre de la calle ha muerto?

–No, pero su estado es crítico –mintió Hannah–. Y tengo que llevarme a esta mujer en helicóptero o morirá también.

El joven empezó a mirar alrededor, nervioso.

–De acuerdo. Pero yo iré con usted.

–¿Cómo?

–Que iré con usted. Y le diré al piloto dónde debe dejarme. Venga, dese prisa con eso.

La mujer empezaba a respirar con cierta normalidad, pero seguía teniendo los bronquios completamente taponados.

–Debería llamar a mi enfermero para que traiga la camilla…

–Sí, claro, y entonces entrará la policía –le espetó él, apuntándola con la pistola–. De eso nada. Saldremos de aquí andando.

–¿Puedo llamar al piloto para avisar?

El joven se lo pensó un momento.

–De acuerdo. Pero cuidadito con lo que dice…

Hannah sacó el móvil del maletín y llamó a Jack Krasner.

–Jack, voy a salir. Pero tenemos que llevarnos al… hombre con nosotros. Dice que él nos dirá dónde quiere que aterricemos.

–¿Qué?

–No quiero ponerme a discutir. Esta mujer está muy mal.

–El jefe viene para acá y está furioso.

¿Kyle estaba furioso? Pues peor para él. La que lo estaba pasando mal era ella.

Hannah levantó a la mujer y la sujetó por la cintura para que pudiese caminar.

–Vamos, yo iré detrás –dijo el atracador–. Y no haga nada raro.

Los policías, al ver la situación, decidieron esperar y cuando la puerta del helicóptero se abrió, Hannah se quedó atónita. Kyle estaba allí. Y, por su expresión, no parecía dispuesto a dejar que un hombre armado subiera a bordo.

–Esta mujer necesita tratamiento urgente.

–Sí, doctora Morgan.

El atracador estaba mirando a la policía mientras ellos subían a la paciente y Kyle aprovechó para darle una fuerte patada en la entrepierna. Con un grito de dolor, el joven tiró la pistola al suelo y… todo se terminó.

Unos segundos después, le habían puesto las esposas.

–Vámonos –dijo Kyle tranquilamente, como si desarmar a un atracador fuera algo que hiciese todos los días.

Hannah estaba perpleja.

Y cuando él apretó su mano se dio cuenta de que había tenido miedo. Pero no por su propia seguridad, sino porque ella hubiera perdido la vida.

Capítulo 9

CUANDO Kyle recibió la llamada informándole de que Hannah estaba dentro de un banco con un atracador, se quedó lívido.

–¿Qué dices?

–Hay una mujer enferma y el atracador la llamó para atenderla –le había explicado Jack.

–¿Y la policía la ha dejado entrar?

–No, pero ha entrado de todas formas.

–Voy para allá. Y dile al jefe de policía que si algo le pasa, será responsabilidad suya –exclamó Kyle, furioso.

Pero estaba más que furioso. Estaba asustado, aterrado.

No quería pensar que pudiera pasarle algo a Hannah. A su preciosa Hannah, cuya vida había destrozado ocho años atrás.

Mientras se dirigía al lugar del atraco, iba rezando para que hubiera salido de banco.

El jefe de policía le explicó la situación y Kyle suspiró, aliviado. Hannah estaba bien, aunque tendrían que resolver el asunto de alguna forma. No podía permitir que el atracador viajase con ellos en el helicóptero y pudiera así escapar.

–Quizá yo pueda hacer algo.

–¡Ya salen! –gritó el jefe de policía.

Kyle vio a Hannah sujetando a una mujer. Y a un hombre armado tras ellas.

–Jack, voy a intentar desarmarlo. Si me ocurre algo, no esperes. Despega inmediatamente.

Por una vez, Jack no podía hacer bromas. Se limitó a asentir y esperar, con el corazón encogido.

Cuando llegaron al hospital y el médico de guardia se encargó de la mujer, Hannah respiró, aliviada. Apenas habían hablado durante el viaje, angustiados por lo que acababa de suceder.

–Desde luego, en este trabajo no hay un solo día aburrido –intentó bromear Jack.

Hannah hubiera querido darle las gracias a Kyle, pero su expresión era tan grave que decidió darle tiempo. Al fin y al cabo,

había arriesgado su vida para desarmar al atracador.

–¿Cómo se te ocurrió entrar en el banco? –exclamó él cuando estuvieron solos–. ¡Ese hombre podría haberte matado!

–¿Y qué iba a hacer? ¿Dejar que esa pobre mujer se ahogase? Tú habrías hecho lo mismo.

–Sí, claro, pero…

–Pero nada. No hay diferentes reglas para ti y para mí, Kyle. Los dos somos médicos.

–Pero deberías haberme llamado para explicar la situación. En un caso como ese, no puedes actuar sin esperar órdenes. Y te recuerdo que el jefe soy yo.

–He hecho lo que debía hacer y tú lo sabes. Afortunadamente, mi período de entrenamiento está terminando y pronto dejarás de verme –le espetó ella, furiosa.

–Muy bien. Yo me quedo aquí para comprobar cómo está la paciente. Tú puedes volver a la unidad con Jack.

–Estupendo –replicó Hannah.

Cuando Kyle volvió una hora más tarde, encontró a Hannah en medio de los compañeros, brindando con champán.

–¡Ha llegado el segundo héroe del día! –gritó alguien.

–La doctora Morgan es una chica valiente, ¿eh, jefe? Entrar en un banco con un atracador…

–Sí, ya. Pero no estaríais celebrándolo si le hubieran pegado un tiro –replicó Kyle.

Sabía que se estaba portando como un aguafiestas, pero seguía angustiado por la posibilidad de haber perdido a Hannah.

Cuando recibió la llamada, fue como si una mano helada le apretase el corazón, y no lo olvidaría mientras viviese.

¿Cómo podía Kyle tratarla así?, se preguntó Hannah por la noche, dejándose caer en el sofá.

En lugar de darle la enhorabuena, recibía una reprimenda por hacer su trabajo. Lo único que le faltaba era que saliese al día siguiente en los periódicos…

Hannah cerró los ojos, cansada.

Estaba claro que no podían entenderse. Nunca podrían. Pero había vivido sin él durante ocho años y podría seguir haciéndolo.

Cuando se metió en la cama, su último pensamiento fue que el domingo podía llevarse a la morena al teatro porque ella no

pensaba ir.

El ruido del teléfono la despertó. Hannah contestó, medio dormida.

–¿Dígame?

–Soy Kyle. Es parte de mi trabajo preguntar a los miembros del equipo si necesitan terapia después de un incidente como el de ayer. ¿Quieres que hable con el psicólogo?

Ella parpadeó, intentando despertarse.

–¿A qué incidente te refieres? ¿Al atraco o a la reacción de mi jefe?

–No te hagas la lista.

–No me hago la lista. Y no necesito consejo psicológico, muchas gracias. Ah, y por cierto, tampoco me apetece nada ir al teatro –le espetó ella, furiosa.

–No seas cría…

–¿Cómo?

–Cambiarás de opinión cuando te hayas calmado un poco.

–No lo creo, Kyle. Estoy deseando que terminen los seis meses de entrenamiento para perderte de vista.

Después de eso, colgó el teléfono y volvió a cerrar los ojos.

Al otro lado del hilo, Kyle miraba el auricular, incrédulo.

Él era un hombre lúcido y seguro de sí mismo, pero cada vez que hablaba con Hannah…

¿Por qué no le había dicho que estaba orgulloso de ella? ¿Por qué no le explicaba que se enfadó al verla tomando una copa de champán, como si no hubiera pasado nada, cuando él había sufrido las penas del infierno?

En ese momento, el teléfono empezó a sonar. Esperaba que fuera Hannah, para decirle que había cambiado de opinión, pero era su madre.

–Ben quiere hablar contigo.

–Vale.

–Papá, ¿me compras una bicicleta? –le preguntó su hijo sin preámbulo alguno.

Kyle tuvo que soltar una carcajada.

–Me parece que no va a quedarme más remedio.

Su corazón se encogió cuando Ben le contó lo que había hecho en el colegio y cómo su abuelo lo ayudaba a hacer los deberes.

Tenía que encontrar una casa inmediatamente. No podía esperar más.

Pero su sueño de convertirse en una familia, de casarse con Hannah… parecía imposible.

Y, de nuevo, no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

La mujer de Pete Stubbs estaba embarazada y todo el mundo lo felicitó al saber la noticia.

Pero Hannah tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la tristeza.

¿Tendría ella hijos con el hombre al que amaba? Si Kyle seguía con aquella actitud, sería imposible, desde luego.

El hombre en cuestión apareció entonces con gesto hosco.

–Pete va a tener un niño –le contó Smitty.

–Enhorabuena, Pete. Serás un padre estupendo.

Igual que él, pensó Hannah. Y si fuera un poco más amable, un poco más generoso, también ella podría ser mamá.

Kyle la estaba mirando con aquellos ojos oscuros que la fascinaban, pero no sabía qué estaba escrito en ellos. Y había dejado de intentar adivinar.

Con él siempre se equivocaba.

–¿Me has perdonado? –le preguntó Kyle cuando se quedaron solos.

Su tono era el mismo de siempre, pero la miraba con tal dulzura que Hannah tuvo que hacer un esfuerzo para no caer en sus brazos.

–Como tú mismo dijiste ayer, eres el jefe. No tengo más remedio que perdonarte.

–Ah, ya veo.

En ese momento, la conversación fue interrumpida por la alarma. Y, de nuevo, tuvieron que dejar sus problemas personales a un lado.

Aquel mismo día, Kyle tuvo visita y Hannah reconoció inmediatamente a la morena que lo había esperado en la puerta del hospital unas semanas antes.

Cuando vio que el rostro del hombre se iluminaba, su corazón se encogió.

¿Qué tenía aquella mujer que lo hacía sonreír?

–Voy a salir un momento. Si hay algo urgente, podéis llamarme al móvil.

Ella asintió, sin mirarlo.

Media hora después, recibió la llamada de uno de los hospitales en los que había solicitado plaza. Tenía que acudir a Manchester para una entrevista unos días más tarde.

Si Hannah hubiera oído hablar a la morena, se habría dado cuenta de que tenía acento australiano.

Pero eso no la habría ayudado nada. Que fuese australiana no explicaba qué papel jugaba en la vida de su monástico jefe y ex novio.

–Así que vuelves mañana a Australia –estaba diciendo Kyle.

–Me temo que sí. Mi hermano mandará a la policía si no lo hago –sonrió su amiga.

–¿Y ya lo tienes todo arreglado?

–Todo. Aunque solo haría falta una palabra para que me quedase.

Él sacudió la cabeza.

–Tu sitio está en Australia, Annie.

–¿Y el tuyo no?

–Yo soy inglés. Y mis padres viven aquí. Además, tengo que resolver un asunto con… alguien que me da muchos dolores de cabeza.

–¿Estás enamorado?

Kyle sonrió.

–Sí, pero tengo la impresión de que va a costarme mucho convencerla.

–Dile que yo estoy esperándote. Las mujeres nos interesamos más cuando hay competencia –intentó bromear Annie.

–Tú tienes tu vida en Australia. Y, por lo visto, pronto tendrás mucho dinero.

–Sí –suspiró ella–. Pero ahora no sabré si la gente me quiere por eso o por mí misma.

–Brad te quiere por ti misma. Ya lo sabes, tonta.

Annie se levantó de la silla.

–Eso espero. Adiós, Kyle.

Cuando Kyle volvió a la unidad, Hannah tuvo que disimular su irritación al ver que seguía sonriendo.

–¿Qué te pasa?

–Nada –contestó ella.

Pero sí le pasaba. Tenía que saber quién era esa mujer. Y, sobre todo, tenía que saber qué sentía por ella.

–¿De verdad?

–En realidad, estaba preguntándome quién es esa chica con la que has salido.

Kyle dejó de sonreír.

–Annie es la viuda de un compañero. Y si lo que quieres saber es si estoy interesado por ella, la respuesta es «no». Ha venido a Londres para hacerse cargo de la herencia de su marido, pero vuelve mañana a Australia.

–¿Es rica?

–Ahora sí.

–¿Y eso no te ha tentado? –preguntó Hannah.

–¿A mí? Pensé que me conocías mejor –sonrió él.

–Sí, es verdad. Lo decía de broma.

–Ya lo imagino.

–Cada vez que abrimos la boca, metemos la pata. No soy solo yo.

–Lo sé. Quizá algún día lo hagamos bien –suspiró Kyle.

–Quizá algún día.

El viernes no pararon en todo el día. Era como si una fuerza diabólica estuviera causando accidentes de tráfico, peleas, tiroteos…

Kyle había salido con Smitty para atender a las víctimas de un incendio en Kensington y poco después, ella tuvo que salir en ambulancia para atender a dos heridos en el barrio de Pimlico.

Cuando se dirigía hacia allí, en la radio de la ambulancia escucharon que un helicóptero se había estrellado cerca de Kensington.

–¡No! No puede ser –murmuró Hannah, aterrorizada–. No puede ser Kyle…

Pero si lo era, ¿quién lo atendería?

El instinto le decía que cambiase el rumbo de la ambulancia, pero sabía que no podía hacerlo. Tenía que atender a un herido.

Pero si Kyle moría, ella querría morirse también.

Le había dicho que se casaría con él fueran cuales fueran las condiciones, pero no era solo por Ben. Lo amaba con todo su corazón.

Y quizá debería habérselo dicho.

El motorista al que tuvo que atender era un hombre mayor que, al perder el control de la moto, se estrelló contra un árbol. Afortunadamente, no había más heridos.

Pero el hombre no llevaba casco y, además de las heridas en la cabeza, tenía encharcados los pulmones. Hannah tuvo que intubarlo para que pudiera respirar.

–¿Has oído algo más sobre el helicóptero? –le preguntó al conductor de la ambulancia.

–No creo que sea Jack. Krasner puede pilotar hasta dormido.

–Que Dios te oiga –murmuró ella.

Cuando volvió a la unidad con el corazón en un puño y oyó el sonido de las aspas del helicóptero, tuvo que contener un grito de alegría.

¡Kyle estaba vivo! Su amor estaba vivo.

Era curioso que veinticuatro horas antes, él hubiera tenido que vivir una situación parecida. En cuanto lo viera, le diría que no podía seguir un solo día más sin él. Estaba harta de dar vueltas.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Kyle cuando entró en la unidad–. ¿Has estado llorando?

–Es que oí que un helicóptero se había estrellado cerca de Kensington y…

–Pensaste que éramos nosotros.

–Sí –contestó ella, intentando contener las lágrimas–. ¿Y sabes una cosa?

–¿Qué?

–Creo que ayer fui un poco insensible. Estabas muy angustiado y no me di cuenta de que reaccionabas poniéndote furioso. Cada uno tiene una forma diferente de enfrentarse al dolor.

–¿Tú lloras y yo me pongo de los nervios?

–Algo así –contestó Hannah.

–Entonces, ¿somos amigos?

–Amigos.

–Espero que la tregua dure un poco más esta vez –sonrió Kyle.

–Yo también.

–Desde luego. ¿Me invitas a un té?

–Claro que sí. No sabes la angustia que he pasado…

–¿De verdad, Hannah?

–Claro que sí.

–Entonces, ¿por qué no me habías dicho que tienes una entrevista en Manchester la semana que viene? –preguntó él entonces.

–Pensé que no te interesaría.

–¿No crees que me importe dónde vas?

–No estoy segura.

–¿Por qué no buscas plaza en un hospital de Londres? ¿Es que quieres alejarte de mí?

–He solicitado plaza en varios hospitales –contestó Hannah–. Además, no creo que te pongas a llorar si me marcho de Londres.

–¿Por qué estás tan segura?

–Porque sigues juzgándome, Kyle. Siempre lo has hecho.

Él la miró durante unos segundos sin decir nada. Y después, entró en su despacho.

Otra oportunidad perdida.

Capítulo 10

CUANDO Kyle y Ben llamaron al timbre el sábado por la tarde, Hannah se animó un poco.

–Hola, Ben. Tenía muchas ganas de verte.

–Mi papá me ha comprado una bici –le informó el niño, con una enorme sonrisa de satisfacción.

–Ah, qué bien. Entonces, tendréis que comprar una casa bien grande para que puedas recorrerla con la bicicleta.

–Sí, pero yo no conozco a nadie en Londres –dijo Ben entonces–. ¿Y si no encuentro niños con los que jugar?

–Los encontrarás, cielo –sonrió ella–. Y yo iré a visitarte.

–Pero no estarás conmigo todos los días.

–Pues… –Hannah no sabía qué decir.

–Pero yo sí estaré –dijo Kyle entonces–. Y tendremos una cocinera para que nos haga la cena y tenga la casa siempre a punto.

Hannah intentó no entristecerse, pero le resultaba duro saber que no formaría parte de sus vidas.

Poco después estaban en Wimbledon Common, a las afueras de Londres, frente a una casa de piedra con jardín.

–Un poco grande, ¿no?

–Olvídate del tamaño. ¿Qué te parece? –preguntó Kyle.

–Es preciosa. Para alguien como yo, acostumbrada a vivir en apartamentos, es un sueño.

–Pues ya verás cuando la veas por dentro.

El agente de la inmobiliaria los esperaba en la puerta y mientras iban de habitación en habitación, Hannah tuvo que preguntarse qué hacía allí. Kyle había dejado claro que no había sitio para ella en su vida.

Cuando les enseñaron el dormitorio, pintado en un elegante tono melocotón y con dos preciosos balcones al jardín, el hombre se volvió hacia ella.

–Seguro que a su mujer le encanta.

Hannah salió de la habitación, con el corazón en la garganta. Si la creía una grosera, peor para él. No podía soportar estar en aquel dormitorio que nunca compartiría con Kyle.

De vuelta a casa, con Ben en el asiento de atrás charlando

alegremente, intentó relajarse.

–¿Os apetece cenar en un restaurante italiano?

–¡Sí! –gritó el niño.

Hannah asintió con la cabeza. Debía disfrutar de los últimos momentos que le quedaban con las dos personas a las que más quería en el mundo.

El miércoles de la semana siguiente, Hannah salía de la entrevista en el hospital de Manchester. Le habían dejado claro que el puesto era suyo si lo quería, pero ese era el problema. ¿Lo quería?

Kyle ni siquiera había vuelto a mencionar el tema, pero ella seguía recordando su última conversación al respecto: «¿Por qué no buscas plaza en Londres?» «¿Es que quieres alejarte de mí?»

Quería estar con él, pero no en aquella situación. Mientras caminaba, miraba los apartamentos del canal. Eran bonitos, tan bonitos como el suyo. Y tendría que vivir allí si aceptaba la plaza en el hospital.

Pero no podía dejar de pensar en cierta casa en Wimbledon Common, con un jardín que sería un paraíso para Ben. Comparado con eso, un apartamento, por bonito que fuera, no era más que un montón de ladrillos.

Cuando subía al tren para volver a Londres, tomó una decisión: no aceptaría el puesto.

En Manchester viviría como en un limbo porque su corazón estaba en otro lado.

–¿Qué tal la entrevista? –le preguntó Kyle el jueves por la mañana.

–Bien.

–¿Te han ofrecido el puesto?

–Sí.

–¿Y vas a aceptarlo?

–No –contestó Hannah.

El rostro del hombre se iluminó.

–¿Por qué?

–Trabajé en Manchester hace unos años. Prefiero conocer otro sitio.

–Ah, ya. Entonces, ¿vas a seguir solicitando plaza en otros hospitales?

–Claro.

–¿Y qué pasa con el teatro? –preguntó Kyle entonces.

–¿Cómo?

–El domingo no quisiste ir conmigo y tuve que tirar las entradas.

–Ya te dije que me dolía la cabeza –murmuró Hannah, incómoda.

–¿Quieres que vayamos mañana?

Ella se lo pensó un momento.

–De acuerdo.

–Iré a buscarte a las nueve. ¿Te parece bien?

–Espero tener tiempo para cambiarme de ropa.

Durante el resto del día, Kyle no pudo borrar una sonrisa de su rostro. Y sabía muy bien cuál era la razón. ¡Hannah no se iba a Manchester!

Al día siguiente, irían al teatro y estaba decidido a decirle lo que sentía.

Y aquella vez tendría que salir bien. No podía arriesgarse.

En realidad, iba a ser su primera cita. Y Hannah tenía la impresión de que iba a pasar algo.

Estuvieron muy ocupados durante todo el día, como siempre, y apenas tuvo tiempo de pensar en ello. Pero cada vez que tenía un minuto libre, intentaba imaginar qué pasaría por la noche.

Ninguno de sus compañeros sabía que había quedado con Kyle para ir al teatro y cuando recibieron una llamada urgente a última hora de la tarde, se la dejaron a quien estaba de guardia ese día: Hannah.

Ella miró ansiosamente su reloj. Le quedaba media hora para irse a casa, pero si debía acudir al lugar del accidente no tenía ni idea de a qué hora iba a terminar. Y no podía pedir ayuda porque todo el mundo se había ido.

A Jack tampoco le entusiasmó porque también él tenía planes, pero unos minutos después estaba listo para despegar.

Kyle no estaba en su despacho y tampoco contestaba en el móvil, de modo que Hannah no pudo advertirle de la salida.

–¿Por qué estás tan seria? ¿Tenías una cita esta noche?

–Sí –contestó ella.

Pero no le dijo con quién.

Una turista americana olvidó que los ingleses conducen por el lado contrario de la calzada y había sido atropellada. El golpe le había roto la cadera y la mujer lloraba desconsoladamente,

llamando a su marido.

–¿Dónde está su marido, señora? –le preguntó Hannah.

–En el hotel –contestó ella, casi sin voz–. No sabe lo que ha pasado.

Un policía fue a buscarlo mientras otro tomaba declaración al conductor del coche, que juraba por lo más sagrado que la mujer se le había echado encima.

Además de la cadera rota, Hannah tenía la impresión de que el fémur también estaba fracturado. Su vida no corría peligro, pero debían llevarla al hospital lo antes posible.

El helicóptero estaba en un parque a varias manzanas y la policía tuvo que escoltar a los enfermeros que cargaban con la camilla. Cuando estaban a punto de despegar, un policía llegó corriendo con un hombre.

Era el marido de la accidentada que, al verla, se puso la mano sobre el corazón y cayó de rodillas al suelo.

Hannah bajó del helicóptero inmediatamente.

–Jack, llévate a la paciente al hospital y vuelve enseguida. Este hombre está sufriendo un infarto.

–De acuerdo.

–John, hazle el boca a boca –le dijo a su enfermero–. Yo voy a darle un masaje cardíaco. Si no conseguimos recuperar el latido cuanto antes, el cerebro podría resultar dañado.

Estuvieron aplicando las técnicas de resucitación durante unos minutos y, por fin, consiguieron que el corazón del hombre empezase a latir débilmente. Pero para entonces era completamente de noche y el helicóptero no solía volar en esas circunstancias.

Afortunadamente, Jack volvió poco después. Y, de nuevo, Hannah se sentía orgullosa por haber podido salvar una vida que, sin aquel servicio de urgencias, se habría quedado en el asfalto de una calle de Londres.

Cuando llegaron al hospital eran las diez de la noche. Y ella había quedado con Kyle a las nueve.

Llegó a su apartamento casi a las once y cuando vio el vestido negro colocado sobre la cama le dieron ganas de llorar. Había esperado tanto de aquella noche…

Hannah subió al ático para ver si Kyle la estaba esperando, pero nadie contestó cuando llamó al timbre. ¿Se habría ido solo al teatro?

Apenada, bajó a la calle. No le apetecía nada quedarse en su solitario apartamento y decidió cenar en el restaurante de la esquina.

Para su sorpresa, Kyle estaba allí. Y por su expresión, no parecía nada contento.

–Hola –lo saludó Hannah.

–Hola –contestó él–. ¿Qué ha pasado?

–Que hemos tenido una llamada urgente a última hora. Además de una mujer atropellada, he tenido que atender el infarto de su marido. Te llamé al móvil, pero no he podido localizarte.

–Lo tenía apagado sin darme cuenta –murmuró Kyle, entristecido.

Pero no era para tanto, pensó Hannah.

Un hombre capaz de enfrentarse a todo, incluido un atracador, no podía estar desolado por haberse perdido una noche en el teatro.

–¿Has cenado?

–Aún no. ¿Y tú?

–Yo acabo de llegar. Si quieres, podemos cenar juntos.

Él la miró sin decir nada. Cuando fue a buscarla y nadie abrió la puerta se sintió horriblemente solo. Por un momento pensó que estaría con Paul, su cuñado. Pero inmediatamente rechazó ese pensamiento.

Había entrado en aquel restaurante porque no le apetecía estar solo en casa y, curiosamente, Hannah hizo lo mismo. Pero no era la velada que él había planeado: la función de teatro, un restaurante fabuloso después…

¿Les saldrían bien las cosas algún día? Era como si el destino estuviera contra ellos.

Cuando terminaron de cenar, Kyle se levantó.

–Vamos, te acompaño a casa.

–Vale. La verdad es que estoy agotada.

–Mañana puedes llegar tarde a la unidad. Al fin y al cabo, hoy has tenido que trabajar horas extras.

Subieron juntos al apartamento y Kyle insistió en esperar mientras ella se ponía el camisón. Después, le llevó un vaso de leche y la arropó con la manta.

–Podría acostumbrarme a esto –rio Hannah.

–¿A qué, a que yo esté contigo o a que te mimen?

–A las dos cosas –contestó ella–. Solo falta un beso de buenas noches.

–¿Un beso?

–Es lo que una espera después de que la arropen.

–¿Aunque «una» sepa que eso puede llevar a otra cosa?

–Sí.

–Muy bien.

Kyle se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Así no me puedo dormir.

–¿Y así? –sonrió él, besándola en los labios. Un beso largo y apasionado. Y peligroso.

–¡Así tampoco! No he estado más despierta en toda mi vida.

–Podría darte el tratamiento completo, pero creo recordar que estás muy cansada –rio Kyle.

–Ya no –murmuró Hannah, mirándolo con ojos ardientes.

Él la miró sin decir nada durante unos segundos. Y entonces se tumbó a su lado, levantándole el camisón para acariciar su cuerpo desnudo.

Era como estar en el cielo. Había pasado tanto tiempo…

Por supuesto, Kyle se quedó a dormir.

Fue maravilloso, pero cuando se despertó, él había desaparecido. Solo había una nota, recordándole que no debía ir a trabajar hasta las diez.

Hannah cerró los ojos. Había querido despertarse a su lado. Que no estuviera era como si… como si se arrepintiese de lo que había pasado. Como si hacer el amor con ella fuera algo que solo podían hacer a oscuras. No a la luz del día.

Pero fuera como fuera, la noche había sido maravillosa. No fueron al teatro, pero tuvieron su propio espectáculo, pensaba mientras entraba en la ducha.

Y, si las cosas iban bien, el espectáculo no terminaría nunca.

Cuando llegó a la unidad, Kyle estaba hablando con alguien en su despacho.

–Es el nuevo médico en prácticas –le informó Smitty–. ¿Cuánto tiempo te queda, Hannah?

–Tres semanas.

–Vamos a echarte de menos.

–Gracias –murmuró ella, sin dejar de mirar la puerta del despacho.

La noche anterior había sido un sueño, pero no conocía los sentimientos de Kyle. Para algunos hombres, el sexo no es más que eso… sexo. Pero para las mujeres es diferente.

–¿Cuándo tienes la próxima entrevista? –le preguntó Smitty entonces.

–El martes, en Newcastle.

–¿Lo sabe Kyle?

–Aún no. Me lo han confirmado esta mañana.

–¿Si te ofrecen el puesto, lo aceptarás?

–No estoy segura.

Cada vez que pensaba en ello, recordaba a un niño rubio que necesitaba algo más que un padre que trabaja doce horas al día… y una cocinera.

–¿Ha dormido bien, doctora Morgan? –le preguntó Kyle, cuando el nuevo médico salió de su despacho.

–Muy bien. Pero ha fallado algo.

–¿Qué?

–Que quería despertarme a tu lado. ¿Por qué te fuiste?

–Para llegar aquí a las ocho he tenido que levantarme a las siete, cielo.

–Me desperté a las siete y no estabas, Kyle –dijo Hannah entonces.

Él dejó escapar un suspiro.

–De acuerdo. Volví a mi casa porque… pensé que me había aprovechado de ti. No quiero que esto complique las cosas.

–No te entiendo.

Lo de anoche debería haber sido especial. Pero debía haberle dicho que la amaba. Y no pudo hacerlo. Por eso volvió a su casa. No le parecía el momento; era como si se hubiera aprovechado de su cansancio, de la noche, de su soledad…

–Gracias por estropearlo todo, Kyle –añadió Hannah, cuando él no contestó.

El martes, la entrevista en Newcastle fue muy bien, pero… no podía dejar de pensar en la carta del hospital de Cotswold que había recibido aquella misma mañana.

Estaba loca si ponía su carrera en peligro por culpa de un sueño. El sueño de tener una familia que la necesitase tanto como la necesitaba ella.

Después de la última conversación con Kyle, habían vuelto a tratarse con frialdad. Era un hombre imposible. Dormían juntos después de ocho años y, de repente, él desaparecía.

Pero cuando salía del hospital de Newcastle, tomó una decisión: si le ofrecían el puesto en Cotswold, lo aceptaría.

Durante su última semana en el servicio de urgencias, le comunicaron que el puesto en Cotswold era suyo.

Kyle no preguntó y ella no le contó nada.

En cuanto al resto del equipo, todos decían que la echarían de menos. Sobre todo, Jack.

Pero Kyle no se unió al coro de lamentos. Y había rumores de que también él estaba buscando plaza en otro sitio.

¿Pensaría volver a Australia?, se preguntó Hannah, con el corazón encogido.

El último día, salieron todos a cenar para despedirse. Sus compañeros querían saber en qué hospital había conseguido plaza, pero ella se negaba a decirlo, alegando que era solo un puesto temporal.

Entre las risas y los brindis, Hannah se daba cuenta de que había una persona que no se unía al grupo.

Kyle tenía la copa en la mano, pero apenas la miraba.

¿Por qué se portaban con esa frialdad? ¿Por qué permitían que un malentendido después de otro arruinase, de nuevo, sus vidas?

–Entonces, te marchas –le dijo él, al final de la cena–. Y con destino desconocido, según parece.

–Nos hemos encontrado después de ocho años. ¿Quién sabe si volveremos a encontrarnos? –replicó Hannah.

–Quizá dentro de otros ocho.

–Es posible.

–Sí, claro. Esperemos estar vivos para entonces.

Alguien levantó su copa para brindar por última vez y Hannah brindó, intentando contener las lágrimas.

Ella quería estar con Kyle, pero en los ojos oscuros del hombre no había ninguna promesa.

Fue el primero en marcharse. Seguramente para no ir con ella en taxi.

Y cuando Hannah llegó a casa, se sintió más sola que nunca. Seguramente Kyle Templeton no perdería el sueño por su partida. Todo lo contrario.

Evidentemente, no estaban hechos el uno para el otro.

Kyle no podía creer que Hannah se hubiera despedido de esa forma, como si fueran dos extraños.

Estaba claro que no quería decir dónde iba para que él no lo supiera.

Y, si lo amase de verdad, no desaparecería de su vida sin decirle dónde iba a trabajar.

Capítulo 11

UNA TARDE de otoño, dos semanas después de haberse instalado en el hospital de Cotswold, Hannah encontró a los padres de Kyle en el jardín de su casa, limpiando las hojas que caían de los árboles.

–¡Hannah! –exclamó Grace al verla–. Qué alegría verte. ¿Has venido con Kyle?

–Me temo que no. Terminé el curso de entrenamiento con la unidad de urgencias de Londres y ahora estoy en el hospital de Cotswold.

–¡En Cotswold! No sabes cómo me alegro. Si nos pasara algo, tú estarías allí para atendernos inmediatamente –sonrió Howard.

–Desde luego que sí –asintió ella–. Ben está en el colegio, ¿verdad?

–Sí. No vuelve hasta las dos.

–¿Sabe mi hijo que trabajas en Cotswold? –preguntó entonces Grace.

–No.

–¿Por qué no?

–Pues… es una historia muy larga.

Grace la miró, en silencio.

–¿Por qué no tomamos un té mientras Howard termina de limpiar las hojas?

–Una conversación de mujeres, ¿no? –rio su marido.

–¿Kyle y tú estáis enfadados? –le preguntó Grace cuando estuvieron solas.

–Algo así.

–Iba a comprar una casa, pero no se decide. Y yo creo que tiene que ser por ti –suspiró la mujer entonces–. Y yo pensaba que ibais a casaros…

–Yo quiero a Kyle, pero… es imposible. No sé qué pasa, pero no somos capaces de entendernos.

–Mi hijo es un hombre muy cauteloso. Le cuesta trabajo decir lo que siente.

–Lo sé. Y ahora piensa que como no le dije a qué hospital iba, quería alejarme de él. Pero no es eso. He venido a Cotswold para

ver a Ben de vez en cuando. Y para ver a Kyle, la verdad –suspiró Hannah–. No se lo dije porque nunca estoy segura de lo que siente. Pero ahora que estoy instalada, quiero darle una sorpresa. Para ver si podemos hablar como dos seres humanos normales.

–Si puedo ayudarte en algo…

–La verdad es que se me había ocurrido una idea.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó Grace, emocionada.

Cada vez que Kyle pasaba por delante de la puerta de Hannah y recordaba que el piso estaba vacío, se ponía enfermo. Y en el trabajo le pasaba lo mismo.

¿Por qué no le había dicho dónde iba?

Fuera cual fuera la razón, no podía estar sin ella. Le faltaba el aire.

Iría a Cotswold el fin de semana y pasaría dos días con su hijo. Ben era todo lo que le quedaba tras la desaparición de Hannah.

Pero su padre estaba muy serio cuando bajó del tren.

–¿Qué pasa?

–Tu madre está en el hospital, Kyle.

–¿Qué?

–Creo que es la pierna.

–¿Cómo que «crees» que es la pierna? –exclamó él, nervioso–. ¿Qué le ha pasado?

–Será mejor que vayas a verla. No quiero que Ben vaya al hospital –le dijo en voz baja, como para que el niño no lo oyera–. Está en urgencias.

Kyle lo miró, extrañado. Su padre solía ponerse histérico cada vez que su madre tenía un simple resfriado… pero en aquel momento no parecía afligido. Qué raro, pensó.

Cuando salía de la estación, observó que su padre se reía de algo que Ben había dicho. ¿Estaría perdiendo la cabeza?, se preguntó. Podría ser un principio de Alzheimer o demencia senil…

Pero en ese momento, lo único que podía pensar era que su madre estaba en el hospital.

Afortunadamente, en el servicio de urgencias había poca gente.

–Soy el doctor Templeton –le dijo a la enfermera–. Vengo a ver a mi madre.

–¿Templeton? Ah, sí. Está en la 112.

Kyle fue corriendo por el pasillo y cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue a su madre tomando un té tranquilamente. Y lo segundo, una mujer de pelo rubio y ojos azules como el cielo.

–¡Hannah! ¿Qué haces tú aquí?
–Soy médico, ¿recuerdas?
–¿En Cotswold?
–Quería estar cerca de tu familia.
–¿Mi familia?
–Sí, nosotros –sonrió su madre.
–Ya veo. Bueno, no… No entiendo nada.
–Pensé que si no me querías, al menos podría estar cerca de aquí –dijo Hannah entonces.
–¿Que no te quiero? Pero si no puedo vivir sin ti.
–Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo, Kyle.
–Es que ejerces en mí un efecto rarísimo. Siempre que estoy contigo, digo todo lo contrario de lo que pienso.
–No siempre –sonrió Hannah–. O eso espero.
Él sonrió también.
–No me lo puedo creer. Pensé que mi padre se había vuelto loco.
–Te hemos engañado –rio Grace.
Kyle tomó la mano de Hannah.
–¿Puedo pedirte que te cases conmigo? Esta vez, creo que tengo las palabras adecuadas.
–Sí, pero date prisa. Esta habitación solo es para urgencias y tu madre está como una rosa.
–Esto es una urgencia. Te lo aseguro. ¿Quieres casarte conmigo, Hannah Morgan? Te quiero, te adoro. La vida sin ti no tiene sentido… y Ben estaría encantado de que fueras su mamá.
–Claro que voy a casarme contigo, tonto. Mi vida tampoco tiene sentido sin ti.
–No puedo creer que esto esté pasando.
–¡Yo tampoco! –exclamó su madre, encantada de la vida.
Kyle tomó a Hannah entre sus brazos.
–Dime una cosa, Kyle.
–¿Qué?
–¿Vamos a vivir en la casa de Wimbledon o has cambiado de opinión?
–No me había decidido, pero ahora mismo llamo a la agencia. La casa es nuestra.
–¡Genial!
–¿Quieres preguntarme alguna cosa más?
–Una más. Si nos encontramos con mi ex cuñado, prométeme que no lo tratarás mal. Está enfermo. Tiene Parkinson.
–Ah, por eso fue a verte.
–Por eso. Está ahí fuera.

–¿Cómo?

–Que está ahí fuera, esperando consulta.

–Pues entonces, será el primero en darnos la enhorabuena –rio Kyle.

Y, por primera vez en mucho tiempo, los dos supieron que no iba a haber malentendidos y que un hermoso futuro los esperaba.